

**DESAFÍO A LA ISOCRONÍA DEL PÉNDULO
ACERCA DE LA TEORÍA Y DE LA PRÁCTICA
DE LA ANTROPOLOGÍA HISTÓRICA**

ANA MARÍA LORANDI* y GUILLERMO WILDE**

* Profesora Titular, UBA, Carrera del Investigador Científico del CONICET.

** Becario CONICET, Instituto de Ciencias Antropológicas, UBA. Investigación financiada con fondos de UBACYT y CONICET

Resumen

El trabajo presenta un recorrido histórico sobre los debates teóricos y metodológicos en Antropología, en Historia y en las Ciencias Sociales en general, y su vinculación con el desarrollo de la Antropología Histórica o Etnohistoria como disciplina específica y en relación con las investigaciones realizadas en nuestro propio grupo. Con esto se ha intentado secuenciar las principales tendencias, así como las líneas de disputa o las confluencias que prevalecieron en las distintas disciplinas sociales en cada época y grupo académico. Con estos objetivos en mente se intenta hacer un balance crítico de las principales corrientes del pensamiento en las Ciencias Sociales, y al mismo tiempo señalar los puntos nodales de los debates en torno a la metodología, las condiciones de probación y el criterio de verdad, el papel del autor y sobre todo la falsa oposición entre objetividad y subjetividad.

Abstract

The paper presents an historic journey through theoretical and methodological debates in Anthropology, History and Social Sciences in general, and their connection with the development of Historic Anthropology or Ethnohistory as a specific discipline related to the research done by our own group. We tried to show sequences of the principal trends, as well as lines of debate or the congruencies prevailing in different social disciplines of each period and academic group. Having this in mind, we tried to make a critical balance of the main streams of thought around methodology, probation conditions and truth criteria, the author's role, and above all the false opposition between objectivity and subjectivity

La esfera, móvil en el extremo de un largo hilo
sujeto de la bóveda del coro, describía sus amplias
oscilaciones con isócrona majestad.

Umberto Eco

Todo cambio de paradigma comienza
con una nueva exageración.

Klaus von Beyme

INTRODUCCIÓN

Desde hace más de dos décadas la antropología se debate en el conflicto entre aceptar su capacidad para representar realidades socioculturales diferentes, o rechazar este postulado de plano y proponer que las etnografías son meros ejercicios de ficción. Por cierto, y como lo veremos oportunamente, no todos los antropólogos se ubican en alguno de estos extremos, y son varios los que han buscado una síntesis que coloque el debate en términos menos dramáticos, a través de caminos metodológicos y epistemológicos alternativos. En Europa, particularmente en Francia, la historia parece haber ingresado en los estudios sobre la cultura sin conflictos extremos, haciendo puente con la historia de las mentalidades. En los Estados Unidos en cambio, la historia cultural, que ha abrevado de las tendencias europeas, ha encontrado un duro frente de oposición. Por su parte, la historia social más tradicional sostiene que utiliza un método objetivo y científicamente verificable y objeta la “blandura” de la historia cultural -particularmente sensible al aporte antropológico- por su incapacidad para validar sus propuestas. Los cultores de esta última línea replican cuestionando la confiabilidad de los métodos estadísticos y defienden, aunque señalando los límites, los nuevos enfoques de la historia cultural.¹

Nuestra intención es intervenir en este debate desde una larga experiencia en investigaciones de Etnohistoria o Antropología Histórica y al mismo tiempo situar la discu-

¹ En mayo de 1999 se ha publicado un número especial de *Hispanic American Historical Review* que recoge los debates sostenidos durante la Conference on Latin American History of the American Historical Association en el año 1997. En el texto se encontrará un comentario más extenso.

sión dentro del amplio espectro de las ciencias sociales. Además de esta introducción con las que consideramos líneas centrales del debate, los artículos que publicamos en este número, son el producto de los trabajos individuales de los miembros de nuestro equipo. Exponen las perspectivas teóricas y metodológicas adoptadas para investigar sus temas particulares desde la Antropología Histórica, considerando y discutiendo sus posibilidades, dificultades y límites. Nos interesa enfatizar la posibilidad de recurrir a tanta diversidad metodológica y de técnicas de investigación como los temas elegidos así lo sugieran, transponiendo de esta manera, las fronteras disciplinarias rígidas y ubicándonos en la intersección de los múltiples aportes que hoy ofrece el campo de los estudios de la sociedad y la cultura. Nuestro propósito, de hecho, no es tan ambicioso como para suponer que podremos poner fin al debate, sino el de intervenir en él, como dijimos, desde la experiencia de investigar temas propios de las ciencias sociales, a través de los límites, largamente señalados, que plantea la fragmentada, y sesgada, información que contiene la documentación histórica. No hay duda que es muy difícil investigar acerca de las creencias, los valores, los sentimientos, el consenso o disenso en la aceptación de las normas y, sobre todo, escuchar las voces “de la gente menuda” que no ha tenido oportunidad de manifestar sus opiniones y anhelos en documentos escritos. Voces, emociones y valores que con frecuencia se esconden tras las fórmulas y las estrategias discursivas de los actores y/o de sus mediaciones. Un problema recurrente es la ausencia de datos esenciales que ofrezcan respuesta a preguntas elaboradas desde las preocupaciones del presente y que permitan resucitar fragmentos de una realidad pasada. Por eso es necesario poner en marcha una metodología que, previamente, considere los límites y posibilidades que ofrece cada línea disciplinaria, qué aporta cada una de ellas, y cómo pueden optimizarse los fragmentados restos del pasado.

GENEALOGÍA DE UN EQUIPO DE INVESTIGACIÓN

En 1992 Lorandi y del Río publicaron un libro donde se presentaba un recorrido histórico de la Antropología y de la Historia y de otras Ciencias Sociales y Humanas, señalando la progresiva convergencia interdisciplinaria, fuertemente marcada ya en la década de los ochenta. En esa ocasión se definía a la Etnohistoria como uno de los focos de esa convergencia, señalando además la importancia de la recuperación de los estudios étnicos a la luz de los recientes acontecimientos mundiales, tales como la disolución de los estados socialistas y la emergencia de identidades nacionales con fuertes reivindicaciones étnicas. La novedad consistía en que las comunidades que aspiraban a ser reconocidas como nuevas naciones independientes, historizaban los componentes étnicos y religiosos de sus identidades, renovando así la vitalidad de las disciplinas sociales y particularmente de la Etnohistoria. Este contexto histórico alentó a las autoras a intentar una primera definición muy global de la “Etnohistoria o Antropología Histórica” como una confluencia interdisciplinaria que “se ocupa del otro social, desde la perspectiva de la

eticidad y considerando sus transformaciones a través del tiempo” (1992:10). En el análisis subsiguiente se hacía un repaso de las nuevas aperturas teóricas, temáticas y metodológicas, sintetizadas al final del capítulo, enfatizando el hecho de que la incorporación de nuevas disciplinas ampliaba el abanico temático de la Antropología Histórica, de modo tal que ya no podía concentrarse exclusivamente en los estudios étnicos (1992: 38 y sigs.). En ese libro ya se perfilaba la diversidad de temas culturales y sociales que se podrían abarcar. Si bien las autoras no asumieron en ese momento una posición teórica totalmente definida acerca de los nuevos debates epistemológicos que se planteaban en la Antropología ni en la Historia, ni presentaron un ejercicio de decantación acerca de la viabilidad de aplicación de determinadas postulaciones, algunas de las perspectivas y enfoques metodológicos allí delineados se fueron incorporando paulatinamente al trabajo concreto de investigación de todo el equipo que ellas lideraban.

Este artículo tiene dos propósitos generales. El primero es hacer una “genealogía reflexiva” de nuestras actuales inquietudes teórico-metodológicas. El segundo, analizar y tomar posición frente a algunos problemas del “giro” contemporáneo de la teoría social y su influencia en la relación que tejen la Historia y la Antropología. Comencemos pues con una síntesis histórica del desarrollo del campo etnohistórico en el país, y en particular del grupo que aquí se presenta.

Como ya lo ha marcado con todas las letras Michel de Certeau, las identidades disciplinarias se organizan en torno a instituciones académicas que de alguna manera recortan su propio espacio y fijan las reglas teóricas y metodológicas del “arte” ([1978]1993: 71-76). Así, a partir de 1984 la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, otorgó un espacio institucional a un pequeño grupo de profesionales que se nuclearon en el Instituto de Ciencias Antropológicas, con el declarado propósito de reinstalar las investigaciones etnohistóricas que por diversas razones -debates teóricos y/o competencias académicas- habían caído en descrédito en nuestro país. Con la apertura democrática también se renovó la Carrera de Antropología, desprendiéndose de la fenomenología bormidiana, y abriendo las posibilidades de nuevas experiencias disciplinarias. La Etnohistoria pudo encontrar un espacio institucionalizado, formalmente reconocido, que permitió afirmar la identidad del grupo que se organizó en torno a la práctica de la disciplina antropológica².

² A diferencia de la Antropología Social, el campo etnohistórico tuvo la ventaja de no padecer el desfazaje característico de los países latinoamericanos respecto de los centrales en materia de discusión teórico-metodológica, ya que adoptaban los paradigmas teóricos cuando éstos ya comenzaban a ser hartos cuestionados en los centros de producción. En la Etnohistoria se daba una discusión más horizontal entre países del primero y del Tercer Mundo, posibilitando el acceso de los profesionales, e incluso de los estudiantes, a círculos de discusión muy fértiles, participando de congresos y reuniones en las que tenían contacto directo con las investigaciones más recientes. Una prueba contundente de esto es que el I Congreso Internacional de Etnohistoria del año 1989, fue realizado en la Universidad de Buenos Aires por Lorandí y sus colaboradores, y en él participaron desde Murra hasta estudiantes que en ese momento se incorporaban al equipo.

En los primeros años el grupo concentró su interés en los estudios andinos, tomando como unidad de análisis principal al estado incaico y a las comunidades indígenas que entraron en contacto con los españoles. Combinando Arqueología, Antropología e Historia, el enfoque se insertaba en la corriente que habían inaugurado en los setenta John Murra y sus discípulos, entre quienes nos encontrábamos y que, relativamente actualizada, ha tenido vigencia hasta nuestros días. En este contexto se iniciaban nuestras primeras exploraciones, se definía nuestra perspectiva de investigación y se constituía la Etnohistoria como campo de investigación autónomo en el espacio académico nacional, acompañando el nuevo impulso que se observaba a nivel internacional.

Podríamos decir que en los Andes, desde su origen, la Etnohistoria estuvo fundamentalmente vinculada con los estudios sobre el estado incaico y sus relaciones con las poblaciones incorporadas al mismo. La Etnohistoria conservaba fuertemente la impronta de la Arqueología, y varios de los trabajos de nuestro equipo tuvieron ese enfoque particular, o utilizaban fuentes de esta disciplina (Lorandi 1977, 1978, 1980, 1984, 1986, 1988; Lorandi y Boixadós 1987; Lorandi y Cremonte 1991; Ottonello y Lorandi 1987; Williams y Cremonte 1997).

Nuestras investigaciones se focalizaron, por un lado, en los temas étnicos, considerando los mecanismos de identificación sociocultural de las comunidades indígenas y su dinámica interna, así como sus transformaciones por acción directa de los estados conquistadores, ya no sólo el incaico sino también el español. Por otro lado, se ahondó el análisis de las estrategias y representaciones sociales tendientes a limitar, contrarrestar o explotar, en propio beneficio, la coerción económica y extraeconómica de los sectores dominantes en cada coyuntura histórica. Este doble análisis permitió reconstruir entramados complejos de prácticas y representaciones donde se ven múltiples niveles de articulación y contradicción, de cambio y continuidad. Estas líneas no se han abandonado. Por lo contrario, se han reforzado con nuevos temas, aunque en la mayor parte de los casos se ha ampliado el lapso histórico considerado, internándose cada vez más en los siglos posteriores a la conquista. En esto tuvieron influencia los investigadores con formación profesional en Historia, provenientes de varios países europeos y de los Estados Unidos que trabajando en Perú y Bolivia principalmente, profundizaron su interés en el período colonial medio y tardío.

Poco a poco, los nuevos integrantes que se fueron sumando a nuestro equipo, plantearon intereses acerca de otras regiones que habían quedado incorporadas a un efectivo o semiefectivo dominio español, como el espacio litoral argentino-paraguayo; o donde interactuaban las autoridades y la sociedad indígena bajo diversas formas de conflicto y alianza, como en el caso de pampa-patagonia. Es así que la problemática étnica y un mismo marco teórico y metodológico sirvió para analizar diversas situaciones de adaptabilidad, contradicciones y resistencia en las relaciones estado-sociedad durante los tres siglos coloniales, a veces extendiéndose a los primeros años del siglo XIX. El tema de la estructura social, política y económica de los distintos grupos indígenas y los cambios que en ellos se producían como efecto de las interacciones con el estado hegemónico, fueron

el eje alrededor del cual se plantearon nuestras investigaciones. Una síntesis de nuestros trabajos durante esta etapa se puede encontrar en los dos volúmenes con trabajos compilados por Ana María Lorandi en 1997, bajo el título *El Tucumán Colonial y Charcas*.

Durante ese período, las preocupaciones del equipo se reducían a solucionar aspectos puntuales vinculados, sobre todo, con el enfoque metodológico y al análisis de la dinámica de casos específicos. Por ejemplo, discutíamos la viabilidad de determinados abordajes temáticos, o la confiabilidad (verosimilitud) de las fuentes. A pesar de que ésta era una matriz relativamente objetivista, poco a poco se fueron afinando las herramientas de análisis, atendiendo a la discursividad de los textos, a los objetivos de sus productores, a sus contextos de producción y a los destinatarios de los mismos. Se comenzó a prestar atención por un lado, a lo dicho y lo no dicho en determinados tipos de textos, buscando descubrir sus sentidos a partir de una minuciosa reconstrucción y análisis del contexto. Por el otro, a las intenciones de los autores y a su posible capacidad o incapacidad para construir un discurso coherente. Podríamos decir que, en buena medida, se estaban incorporando algunos aspectos de las nuevas metodologías de análisis del discurso, sin por eso adoptar las posiciones relativistas de las corrientes posmodernas, que por ese entonces comenzaban a ponerse de moda³.

No obstante, la discusión teórica era escasa, aún cuando estaba implícita en las preocupaciones metodológicas y en particular en el uso de conceptos y categorías de análisis que revelaban la apertura hacia nuevas corrientes teóricas provenientes tanto de la Antropología como de la Historia. Esto sucedía internamente en nuestro grupo y, en general, en la mayoría de los estudios etnohistóricos sobre otras regiones americanas, a pesar de los importantes cambios que se producían a nivel de las investigaciones concretas. Por ejemplo, podemos citar los libros de Rolena Adorno con originales lecturas e interpretaciones de la obra y los dibujos (analizados desde la semiótica) de Guaman Poma de Ayala (1984-1989). También podemos mencionar la preocupación de Franklin Pease por rescatar el papel jugado en los andes coloniales por los *kurakas* provinciales (1992)⁴, despertando personajes olvidados por la historiografía tradicional. Ejemplos totalmente aleatorios, que entre tantos otros, demuestran que por un lado se prestaba atención a nuevos actores sociales, colectivos o individuales y que, por el otro, las nuevas disciplinas permitían lecturas más agudas y comprensivas de las crónicas y documentos históricos. Al mismo tiempo, muchos antropólogos sociales en Bolivia y en Perú combinaron exitosamente el análisis del presente etnográfico con su génesis histórica. Se destacan los trabajos de Roger Rasnake (1989), Tristan Platt (1982), Jaime, Urrutia (1985), y el más reciente de Nathan Wachtel (1990). Una vez más, son sólo citas a título de ejemplos, para

³ Una de las primeras síntesis de las nuevas perspectivas de la Antropología fue la compilación editada por Reynoso, *El Surgimiento de la Antropología postmoderna*, selección de trabajos que a criterio del autor constituían la heterogénea corriente textualista en los principales centros de producción antropológica. Buena parte de estos debates se habían iniciado a mediados de los 80 y las perspectivas más extremas reducían la producción científica a meros textos de ficción.

⁴ El libro citado reúne varios trabajos anteriores publicados en revistas.

dar cuenta de la renovación teórica y metodológica que se producía en la Etnohistoria andina. Esto no nos impide reconocer que estas investigaciones no estuvieron acompañadas por una actitud reflexiva sobre los enfoques utilizados para llevar adelante la reconstrucción de las realidades del pasado, ni sobre las técnicas ni principios de las nuevas narrativas. Todos los trabajos mencionados tienen además la característica de focalizarse sobre la población nativa o sobre su historia, con lo cual el concepto de Etnohistoria continuaba ligado a la temática étnica.

Insertos en esa corriente, nuestros trabajos personales, tributarios de las líneas que se desarrollaban en general en los Andes, también carecían, en su mayor parte, de una reflexión teórica sobre los problemas que investigábamos. No obstante, en la práctica concreta, los enfoques de Historia y Antropología convergían con muy buenos resultados en todo ese espacio andino. Una práctica, reiteramos, que bien hubiera merecido una reflexión en profundidad, que además mostraba una tendencia pionera en las investigaciones coloniales de América. Estos ejercicios hoy resultan imprescindibles, al igual que una apertura más amplia y comparativa.

Respecto al objeto de estudio, en los últimos años en nuestro equipo se ha despertado el interés por nuevos sectores socioculturales. Así el foco de análisis se desplazó gradualmente hacia el segmento español o hispano-criollo de la sociedad, considerado como un sujeto de estudio en sí mismo, sin ignorar ni mucho menos sus relaciones con los indígenas cuando el recorte temático así lo exige. Pero en estos casos la definición de la problemática no pasa necesariamente por la variable étnica, sino que se han abierto otros objetivos de investigación. Las líneas que se están trabajando actualmente identifican situaciones de alianzas, controversias y conflictos entre distintos sectores de la sociedad colonial, incorporadas en los marcos institucionales de la colonia, con sus constantes juegos de ajustes y desajustes, la acción creativa o debilitadora de la cohesión social por parte de los actores que intervienen, las constricciones de las reglas y las desviaciones en el cumplimiento de las mismas. En buena medida, el foco está ahora puesto en las interrelaciones entre los distintos sectores y niveles sociales, siendo esto un objetivo central en muchas de nuestras investigaciones.

Los nuevos problemas (“realidades”) socioculturales nos hicieron percibir la limitación de las herramientas tradicionales de análisis, como así también el modo restrictivo a través del cual estábamos definiendo el objeto de investigación. Al identificar un mayor número de actores sociales, individuales o colectivos, agregados de individuos (grupos informales) o corporaciones formales (instituciones), el abanico de temas y problemas se amplió enormemente. Las situaciones de convivencia en un mismo territorio, de una población notoriamente multiétnica y multicultural, y el progresivo aumento de los niveles de diferenciación social –rompiendo el utópico esquema inicial de bipolaridad indio/blanco– ingresaron en la mira y al mismo tiempo acrecentaron las opciones temáticas, generando desafíos teóricos y metodológicos.

Hasta ese momento en nuestro medio, el mundo europeo del pasado, sus instituciones y su cultura, eran dominio exclusivo de la Historia Social, en la medida que la biblio-

grafía sobre esos temas tenía, casi invariablemente, la impronta de esa disciplina⁵. La ampliación del objeto de estudio no solo reorientaba el curso que hasta ese momento habían tenido nuestras investigaciones, sino que ponía en jaque la antigua definición de nuestro campo y de nuestra práctica académica. En tanto este problema afectaba a todo nuestro equipo, fue necesario organizar formalmente un grupo de discusión durante el lapso de un año, y revisar la nueva producción teórica discutiendo su viabilidad en la búsqueda de una redefinición de nuestro campo. En dichas reuniones algunas preguntas directrices fueron: ¿Qué hay de antropológico en el abordaje del pasado americano?, ¿cuándo los “indios” dejan de ser los principales “objetos” de análisis?, ¿qué posibilidades de síntesis existen entre Antropología e Historia?

Poco a poco se fueron poniendo en evidencia algunas limitaciones de las definiciones de la práctica antropológica. Una de ellas, ya evidente, era identificar a la Antropología con su objeto tradicional: las poblaciones indígenas. Otra, en gran medida alimentada por las corrientes textualistas de la Antropología contemporánea (a las que tendremos ocasión de referirnos), consistía en identificar a la Antropología con su método, el trabajo de campo, y sus productos escritos, las etnografías. El hecho de que prácticamente todo nuestro equipo poseyera formación antropológica y utilizara “teoría antropológica” para sus análisis aunque muy pocos de nosotros hiciera trabajo de campo, nos enfrentaba con el dilema de redefinir la noción misma de nuestra práctica aunque esto implicara romper con las definiciones restrictivas⁶.

Se hacía necesario recuperar un sentido más global de la Antropología (más allá de su especificidad técnica), restituyéndole su lugar y particularidad como campo conceptual en una más abarcativa “teoría social”, en donde tienen espacio también otras disciplinas sociales y humanísticas. En definitiva, y más allá de sus énfasis heurísticos, todas estas disciplinas se fundan en las mismas preguntas elementales respecto de un objeto común: las sociedades humanas⁷.

⁵ Si bien aquí nos referimos a la Historia como disciplina, también podríamos referirnos a la historia como los procesos de cambio de sociedades con escritura, considerados como una propiedad exclusiva del Viejo Mundo sobre todo occidental (las “sociedades calientes”), definiéndose el resto como negación de estas propiedades, en particular la carencia de escritura y por lo tanto de historia (las “sociedades frías”).

⁶ Una de esas definiciones restrictivas es, como lo nota Llobera (1990) en *La identidad de la Antropología*, la que hace Geertz al identificar a la Antropología con la Etnografía, reduciéndola indirectamente al trabajo de campo. De allí hay un paso a la exégesis de textos en torno de la cual gira casi toda la producción posmoderna.

⁷ Equiparar disciplinas sociales y humanísticas ya implica una toma de posición de nuestra parte. No consideramos que deban hacerse distinciones tajantes entre las llamadas humanidades y las Ciencias Sociales. Si bien consideramos que el tema da para largas discusiones, por de pronto optamos por una indiferenciación que contemple la posibilidad de elegir métodos y técnicas alternativos según las necesidades investigativas.

Una vez trazada esta retrospectiva podemos pasar ahora a comentar algunos problemas del giro contemporáneo en los estudios socioculturales mediante la exploración y el diálogo con algunas de sus líneas teóricas más recientes y, posteriormente a analizar su influencia en la construcción de un vínculo entre Antropología e Historia.

DESAFIANDO LA ISOCRONÍA DEL PÉNDULO

Objetivismo versus Subjetivismo

Un escollo persistente en el acercamiento a la producción teórica de las Ciencias Sociales, es su oscilación dualista entre paradigmas y vertientes aparentemente inconciliables. Desde el siglo XIX hasta el presente, nuestras disciplinas se han desplazado en isócronos movimientos pendulares entre polos hegemónicos opuestos. Si bien parece aceptado que el dualismo forma parte intrínseca del pensamiento occidental, no es fácil delinear el modo como esta dualidad se fue formalizando en el discurso de las Ciencias Sociales. Al respecto la Filosofía alemana parece ser un referente clave. Sus figuras más importantes, se opusieron a la hegemonía del “monismo metodológico” y comenzaron a defender una “oposición capital” entre ciencias de la naturaleza y ciencias de la cultura (Rickert [1943] 1952) subrayando la especificidad de las segundas como *Geisteswissenschaften* (ciencias del espíritu) (Dilthey). En el seno de esta Filosofía surgen varias distinciones tales como ciencias nomotéticas e ideográficas (*Windelband*), *Erklären* y *Verstehen* (Droysen), o sea, entre disciplinas que buscan leyes (o explicaciones) y disciplinas que buscan interpretaciones. En la medida en que el nuevo y el viejo paradigma permanecieron firmes, tendieron a formarse dos frentes dogmáticos en apariencia irreconciliables. Con esta dualidad puede decirse que se inicia la “historia del péndulo”, en tanto que el nuevo paradigma tendió a alternar con el más tradicional en constantes vaivenes, claro está muy condicionados por el contexto sociocultural más amplio⁸.

Aunque un tanto apresuradamente, el enfrentamiento ha sido delineado como pugna entre posturas materialistas e idealistas, o de un orden parecido como realismo y construccionismo, o racionalismo e irracionalismo; pero son cuestiones bastante debatibles por la diversidad de matices existentes. Lo cierto es que la dualidad parece haber sido el trasfondo de una multiplicidad de actitudes, en torno de las que se crearon, deificaron y desmoronaron escuelas teóricas, se sufrieron exilios y repatriaciones, nacieron y perecie-

⁸ También debemos mencionar como impulsores del nuevo paradigma a Simmel y a Weber con sus posturas comprensivistas. Croce y Collingwood, representan las variantes italiana e inglesa de estas corrientes (Von Wright [1971] 1979). Es notable como esta dualidad se ha proyectado en la Antropología particularmente. La oposición entre comparativismo y particularismo muy fuerte en la Antropología norteamericana se hace eco de esta dualidad (Reynoso 1998), al igual que la que opone racionalismo y empirismo. La idea del péndulo aparece esbozada en Von Wright.

ron héroes y mártires intelectuales. La idea de un "absolutismo intelectual", a la que refieren Appleby, Hunt y Jacob ([1994]1998) parece encajar perfectamente con esta dinámica viciosa en la que las Ciencias Sociales se han visto empantanadas⁹.

En las diversas disciplinas sociales, el "dilema del péndulo" se ha manifestado tanto en las posturas teóricas como en los métodos. Resultaría mendaz que un intelectual niegue haberse alineado de uno u otro lado en los últimos quince años, manteniéndose al margen del dilema. Inclusive hoy, estamos lejos de haber superado la dualidad y nos enfrentamos a nuevas formas de reduccionismo. En términos un tanto esquemáticos podríamos decir que la Antropología ha oscilado desde un objetivismo realista, a un relativismo deconstructivo extremo. Los representantes del primer paradigma, alineados con el estructuralismo o el funcionalismo, convencidos de que las reglas cercaban a la sociedad y determinaban la conducta de los individuos, describían minuciosamente las instituciones con la firme convicción de estar dando cuenta objetiva de "estructuras subyacentes, abstractas y universales". Esta forma de Antropología conllevó un alejamiento de la Historia como ya lo marcó el propio Evans-Pritchard ([1962]1990) cuarenta años atrás. Más tarde y como reacción, las posturas interaccionistas (en sentido amplio), revalorizaron la acción de los sujetos, a punto tal de reducir todo el universo social a las mismas. Finalmente, el relativismo deconstructivo o posmodernismo a secas, propuso que lo que se ofrece al lector es sólo la visión sesgada por la subjetividad de un observador y que no hay forma de asir la realidad objetivamente.

La Historia, aunque más refractaria a estas últimas posturas, no logró sustraerse a ellas, y de hecho, el relativismo de la Historia norteamericana que Appleby, Hunt y Jacob ([1994]1998) identifican con el escepticismo extremo, propone que es imposible dar cuenta de la realidad de los hechos del pasado. En Europa estas posturas no alcanzaron la misma virulencia. Por ejemplo de Certeau ([1978] 1993:45) admite que el historiador construye una ficción, pero como resultado de un análisis de situaciones históricamente contextualizadas, cuyos sentidos hay que buscarlos mediante determinadas "operaciones interpretativas".

Podríamos decir que la metáfora del péndulo caricaturiza situaciones que en pocos casos se han revelado en estado puro. Los antropólogos funcionalistas no dejaron de observar las diferencias entre reglas y conducta social, aunque pusieran el énfasis en las instituciones. Los historiadores adictos a la más estricta preocupación por la objetividad no dejaron de señalar los silencios de las fuentes, ni de percibir la aleatoriedad de sus datos. En la práctica se trató de grados de énfasis. Ha sido más bien en los debates teóricos donde se expresaron con virulencia las postulaciones más radicales¹⁰. Más allá de las posturas extremas y desmovilizadoras del relativismo posmodernista, resultan fértiles las

⁹ En términos de la relación entre Antropología e Historia el debate es significativo pues mientras las explicaciones de tipo intencional fueron comúnmente asociadas a la Historia las nomotéticas lo fueron a la Antropología.

¹⁰ Sobre las polémicas entre el estructuralismo y la fenomenología resulta representativo el debate Sartre-Levi-Strauss (Sazbón 1975; Levi-Strauss ([1962] 1990).

críticas a la historiografía y a la etnografía tradicionales, cuyas formas de realismo (“realismo etnográfico”, “fetichismo de la fuente” y “datos duros”) y los modos autoritarios de escritura revelaban graves falencias heurísticas¹¹. Reseñemos brevemente algunos contenidos de esta nueva corriente.

El viraje contemporáneo en las Ciencias Sociales estuvo signado por el llamado “giro lingüístico”. En las líneas más recientes, influidas por la simbiosis de corrientes filosóficas heterogéneas, que reconocen entre sus mentores a Heidegger y al último Wittgenstein, el “giro lingüístico” aglutina diversos puntos de vista que consensúan la centralidad del lenguaje en general y de los textos en particular, como objetos de reflexión epistemológica. Sus postulados retoman el antiguo debate sobre la correspondencia entre la realidad y el lenguaje. Sostienen que el lenguaje no es un mediador entre la realidad externa y el sujeto cognoscente, sino que construye a ambos y, sin él, ninguno de ellos existe. Al reducirse todo a relaciones internas del lenguaje se rompen los criterios de verdad y objetividad tradicionales (Scavoni 1999). A través del post-estructuralismo francés, principalmente Derrida y Foucault, el “giro lingüístico” ingresa y se instala en las Ciencias Sociales y las disciplinas humanísticas, distinción esta última que se hace confusa (Geertz [1983] 1994; Giddens [1987] 1990; Reynoso 1998; Appleby, Jacob y Hunt ([1994] 1998). Ahora bien, puede decirse que el “giro”, más allá de su carácter explosivo en las Ciencias Sociales, estuvo precedido en muchos años por un “viraje hermenéutico” en la Filosofía, que fue más abarcativo y rico en armónicos y que instaló nociones de orientación lingüística tales como significado, intencionalidad, interpretación y comprensión¹².

La aceptación de estas posturas en las distintas disciplinas fue muy dispar en el ámbito norteamericano (Palti 1998). La Historia y la Filosofía, por ejemplo, fueron originalmente ámbitos refractarios en comparación con la receptividad de la crítica literaria y de la Antropología. En el caso de la Historia, la obra de Hayden White, produjo uno de los primeros sacudones al sostener que la Historia es básicamente el arte de narrar y que lo único que hace es escribir ficciones. No habría más que diferencias de grado entre el discurso aceptado como historiográfico y la “filosofía de la historia”. En todo caso, las diferencias estarían dadas por la utilización de figuraciones narrativas y tipos estilísticos que acotan ilusoriamente cada género de escritura. White se propone desglosar estas figuraciones desde la teoría de los tropos (White [1973] 1998).

¹¹ En Antropología la obra de Clifford y Marcus (1986) epitomiza esta corriente crítica. *Writing Culture* podría definirse como una ruptura con la producción antropológica tradicional. Muchas de las afirmaciones allí planteadas son sensatas y revelan la efervescencia de un debate que signaría la Antropología más reciente de género deconstruccionista y experimental.

¹² A este “giro interpretativo” parece aludir Habermas de acuerdo a dos ejes: Husserl-Schutz-Wittgenstein-Winch y Heidegger-Gadamer (Von Wright [1971] 1979; Jarvie 1964, 1967). Ver también discusiones sobre este tema en Giddens ([1976] 1997).

Gérard Noiriel ([1996] 1997: 127-128) sostiene que el “giro lingüístico” ingresa en la preocupación de los historiadores a principios de los años 80, pero que “no se ha impuesto como objeto de discusión hasta el final de la década siguiente”. Reconoce el enorme influjo de la historiografía francesa en el desarrollo de esta línea, señalando sin embargo la escasa producción donde explícitamente se adhiere a estas postulaciones. Casi todos los trabajos citados son fundamentalmente teórico-proposicionales, pero no investigaciones de aplicación del “giro lingüístico” a estudios puntuales. Sin embargo, las nuevas líneas de la Sociología pragmática francesa representada por antiguos discípulos de Pierre Bourdieu tales como Michel Callon, Bruno Latour, Luc Boltanski y Laurent Thévenot han realizado investigaciones sobre sociología de la ciencia y de los científicos, sobre la justicia, el amor, el sufrimiento o la manipulación de las “cosas” entre otros, en los que aplican esos principios epistemológicos (Bénatouil 1999). La originalidad pragmática consiste en recentrar la Sociología sobre lo que el hombre hace como individuo concreto, sobre los discursos y sus efectos en el juego de las interrelaciones sociales, evitando las categorizaciones estatutarias rígidas. La Sociología pragmática otorga prioridad a la competencia o habilidad de los individuos para manipular con eficacia las “reglas propias de cada régimen de acción”, destinadas a servir a un fin específico y que conducen a producir una *performance* o sea una acción o resultado también específico. Para ello reemplazan la noción de actor por la de “actuante”, respetando las ambigüedades y la libertad humana para accionar los mecanismos más apropiados a los fines propuestos, seleccionados del haz de “posibles” que su ubicación social o contexto ponen a su alcance.

En el caso de la Filosofía, la figura de Richard Rorty fue señera en la articulación del post-estructuralismo con el pragmatismo norteamericano (donde además es posible encontrar vinculaciones con el relativismo lingüístico). Rorty (1998) sugiere abandonar la preocupación por el lenguaje como representación -la que estaría sujeta a las dualidades tradicionales de base platónica, kantiana y cartesiana- optando por una perspectiva pragmática, que más que elucidar si el lenguaje corresponde o no a la realidad se preocupe por analizar su utilidad para la comunicación y resolución de problemas. De acuerdo a Rorty, las creencias y las palabras son más bien hábitos de acción y herramientas de comunicación que representaciones. Estas propuestas son particularmente polémicas cuando Rorty las extiende al “conocimiento científico”, tirando por la borda los antiguos cánones de validación. En la perspectiva relativista de Rorty, las explicaciones y análisis de cualquier nivel, serían aceptadas o rechazadas de acuerdo a su utilidad¹³. Pero los casos de White o Rorty tienen prominencia individual. En contraste, el giro en la Antropología tuvo un

¹³ Los principales lineamientos de la obra de Rorty están expresados en sus obras *Objetividad, relativismo y verdad* (1996) *Contingencia, ironía y solidaridad* (1991). Una buena reseña de los postulados básicos de este autor en Gadea (1995). Al margen, diferentes líneas pragmáticas, particularmente la etno y la sociolingüística, han desarrollado ideas similares a las de este autor, por ejemplo la Filosofía del lenguaje de Austin (1975) o la Etnografía del habla de Hymes (1974).

carácter más corporativo, aglutinando varios personajes de universidades prestigiosas estadounidenses.

A pesar de que a simple vista resulta difícil establecer las líneas de reflexión, en las disciplinas sociales y humanísticas es posible identificar analíticamente dos tópicos que parecen haber tenido cierta autonomía relativa. Uno de ellos, gira en torno de problemas epistemológicos, es decir de cuestiones vinculadas con el proceso de producción de conocimiento, la naturaleza de la interpretación y los problemas de validación. Paul Veyne ([1974] 1978) sostiene que no se puede hacer Historia sin un conocimiento filosófico, de reflexividad teórica. El segundo tópico, se vincula al problema de la narrativa, o sea al modo como se presentan los productos escritos de estas disciplinas. Si bien un tópico no es independiente del otro -como no lo es la forma del contenido- y de hecho ambos han sido influenciados por el "giro", conviene considerar esta distinción analítica a la hora de examinar la producción más reciente. En Antropología, por ejemplo, tenemos casos representativos de uno y otro tópico de reflexión por separado y en forma combinada. Los ensayos ya clásicos de Geertz ([1983] 1994) "Desde el punto de vista del Nativo" y "Géneros Confusos" ([1980] 1991), representan respectivamente reflexiones de orden epistemológico y de orden narrativo. Mientras "La descripción densa", del mismo autor, parece moverse en los dos órdenes reflexivos (Geertz [1973] 1988)¹⁴.

En los 80, la Antropología sufrió una de las crisis de identidad más agudas desde su constitución como disciplina independiente. La crítica se dirigía contra la producción de la Antropología clásica, más específicamente contra sus formas realistas y autoritarias de escritura. Una inquietud legítima de esta nueva corriente fue en principio reflexionar sobre modalidades más horizontales de acceso a diferentes formas de pensamiento, sin reducirlas a modelos abstractos de conceptualización. Más tarde la inquietud derivó al análisis de la discursividad de los propios antropólogos y en algunos casos a la negación de la posibilidad misma de búsqueda de sentido.

Para contextualizar estos debates, es necesario hacerlo también desde los marcos institucionales en que las prácticas académicas de estas disciplinas se desarrollan. De Certeau ([1978] 1993), insiste en la relación entre la práctica de hacer la historiografía (la Historia) y los contextos y prácticas sociales a las cuales pertenece el historiador. Esto conduce a la elección de temas o recortes, muchas veces de acuerdo a las modas académicas, privilegiando unos u otros según el presente del historiador, incluyendo sospechosos silencios sobre algunos temas. De más está decir que todas las Ciencias Sociales se encuentran en la misma situación¹⁵. Se puede agregar que todos sabemos en qué medida la

¹⁴ Otra obra notable es *Cultura y Verdad* de Renato Rosaldo ([1989] 1991) la cual también combina los dos órdenes o tópicos de reflexión. Podemos agregar que las cuestiones de orden narrativo han explotado con el *affaire* Sokal un par de años atrás. Agradecemos al Profesor Herrán habernos recomendado esta distinción analítica ordenadora.

¹⁵ La Antropología ofrece como campo conceptual serios dilemas de definición, pues ha tomado diversas acepciones según la tradición académica de cada país. En Argentina, se constituyó co-

hegemonía de algunos centros de prestigio académico imponen -consciente o inconscientemente- una especie de terrorismo intelectual, muchas veces denunciado. Quienes no transiten por tal camino teórico o metodológico, no encontrarán espacios para desarrollar su actividad debido al retaceo de los recursos económicos y del acceso a las revistas de prestigio. Estas presiones a menudo se ocultan tras discursos que enfatizan los criterios de excelencia que cada cenáculo construye y defiende.

Creemos que el principal desafío consiste en no continuar balanceándonos colgados del péndulo. Se trata de escapar a estos constreñimientos intelectuales de los diversos reduccionismos que no sólo ponen en crisis -con razón- la “cientificidad” o la manera tradicional de entender la objetividad de la Historia y la Antropología, sino también la capacidad misma de estas disciplinas para “representar” a los “otros” culturales del presente y del pasado. Problemas de orden metodológico y de orden narrativo a menudo se confunden. No es difícil encontrar contradicciones e incoherencias entre los discursos y las prácticas de los principales baluartes del posmodernismo. Una de ellas, quizá la más flagrante, es la que ha subrayado acertadamente Llobera (1990), en la que la opción por el abandono de la capacidad de representar -por parte de los paladines del posmodernismo- fue acompañada, paradójicamente, por el abandono de los cenáculos en y desde los cuales predicán culposamente al mundo. Esta actitud revela en buena medida la falta de reflexividad por parte de los hiperreflexivos respecto de sus propias posiciones. Como lo han señalado ya varios autores, la crítica posmoderna no reflexiona sobre las condiciones de su propio surgimiento, lo cual en definitiva termina por convertirla en un síntoma más de la condición posmoderna, que solo puede aspirar a describir la ilusión de “lo que está pasando” de modo acrítico. En este clima general creemos que no es necesario ni éticamente correcto abandonar el análisis de fenómenos socioculturales alegando una incapacidad de representación, sino exponer clara y conscientemente los límites históricos de la interpretación. Y éste parece ser uno de los temas centrales concernientes a la producción de conocimiento.

Realidad y Ficción

“Ocasionalmente, apenas por un instante, alguien sale de las sombras y camina junto a nosotros”, nos dice Florencia Mallon (1995) al comentar los problemas de la objetividad y el acceso a la realidad. Si bien Mallon está adscripta a la corriente que privilegia los estudios culturales y sobre todo de los grupos subalternos, reconoce que el investiga-

como un campo multidisciplinario (siguiendo parcialmente el modelo norteamericano) que incluye áreas tan variadas como Arqueología, Antropología Biológica, Antropología Sociocultural (Etnografía, Etnología, Folklore), y con menor presencia la Lingüística. Sobre la convergencia de los modelos norteamericanos y europeos en nuestro medio, hay un interesante análisis de Pablo Wright (1995).

dor no puede asir toda la realidad, que lo que recupera es fragmentario, ensombrecido por los discursos y los silencios, pero no por eso, sostiene, debemos despreciar las pistas que ofrecen los archivos o el trabajo de campo.

es el proceso mismo lo que nos mantiene honestos: ensuciándonos las manos con el polvo de los archivos, embarrándonos los zapatos en el trabajo de campo; enfrentando las sorpresas, ambivalencias y elecciones injustas de la vida cotidiana, tanto las nuestras como la de nuestros 'sujetos'" (Mallon 1995: 107).

Esas sombras que ocasionalmente nos acompañan también nos hacen oír un delgado hilo de voz, imaginar un rostro feliz o contraído, o percibir débiles evidencias de la forma en que interactúa un determinado conjunto de personas. Mallon sostiene, y coincidimos con ella, que esos son los momentos que justifican la búsqueda, al mismo tiempo que determinan y establecen los límites de la objetividad investigativa.

Appleby, Hunt y Jacob proponen que para romper la bipolaridad en que hemos quedado atrapados, es oportuno plantearnos algo que podríamos llamar una objetividad calificada, o crítica:

Los estudiosos actuales ya no pueden ignorar la subjetividad del autor y deben construir estándares de objetividad que reconozcan desde el inicio que todo relato es fruto de la curiosidad de un individuo particular y cobra forma bajo el influjo de sus atributos personales y culturales (Appleby, Hunt y Jacob [1994] 1998: 237).

Es lo que ellas llaman "realismo práctico" redefiniendo así la objetividad histórica como una relación interactiva entre un sujeto que indaga y un objeto externo". Como vimos, lo que el posmodernismo cuestiona es justamente la "externidad" del objeto con respecto al lenguaje. En este punto, las autoras sostienen que no es posible pensar que el lenguaje pueda dar cuenta en manera alguna de la realidad, aunque el relato tenga los matices propios de la subjetividad de quien los describe. No debe confundirse la capacidad para describir la realidad, con el derecho a la interpretación, para lo cual existen en el mundo académico reglas que obligan a señalar con claridad dónde se reproduce un dato y cómo se realiza una interpretación. Existen los debates y las opiniones y, por cierto es frecuente que con las mismas fuentes se pueda arribar a interpretaciones diferentes. A propósito vale la pena rescatar las palabras de Eco, quien señala con fina ironía:

En resumidas cuentas, decir que un texto carece potencialmente de fin no significa que cada acto de interpretación pueda tener un final feliz. [...] Esto significa que el texto interpretado impone restricciones a sus intérpretes. Los límites de la interpretación coinciden con los derechos del texto (lo que no quiere decir que coincidan con los derechos de su autor)" (Eco [1990] 1992: 19).

En otras palabras, el pasado tiene una existencia objetiva en las voces contenidas en los documentos, más allá de las múltiples interpretaciones que se puedan hacer de esas

voces. Decir que las interpretaciones son imágenes fieles de esas voces es tan reduccionista como afirmar que éstas son simplemente inventos del investigador. El asunto es considerar la tesitura y registro de las voces que construyen los relatos, como también reflexionar sobre el enfoque teórico, la selección de las fuentes y la identificación-definición del problema desde los cuales se realiza un determinado abordaje, o se construyen interpretaciones y se transmiten sus resultados. No se trata por tanto de aceptar ni una objetividad absoluta, y sostenerla a rajatabla, ni de cuestionarla al punto de diluir toda posibilidad de conocimiento de otras realidades, ya sea por distancia física, temporal o cultural¹⁶.

¿Es posible que personas de un determinado contexto sean capaces de comprender a “otras” de contextos culturales y temporales diferentes? Esta es la pregunta que subyace al dilema de la representación, común a la Antropología y a la Historia, con sus nociones de objetividad y verdad en crisis. La discusión se encuentra plenamente representada en la apasionante polémica surgida con la obra de Peter Winch ([1958] 1972, 1964) quien sostiene la imposibilidad de conocer al otro cultural debido a la inconmensurabilidad de formas de conocimiento y “juegos” de lenguaje. Jarvie (1964, 1967), reacciona fuertemente contra las afirmaciones de Winch y sostiene la legitimidad de los juicios de valor interculturales partiendo de la premisa de un criterio universal de racionalidad. La polémica es particularmente significativa para la Antropología pues Winch sustenta su posición a partir de una crítica al tratamiento de Evans-Pritchard de la magia azande como práctica incoherente con la realidad objetiva, enunciado que no puede defenderse teniendo en cuenta las evidencias que el mismo Evans-Pritchard presenta.

Se hicieran o no eco de este debate, las corrientes contemporáneas en Antropología han tomado diversos caminos. Concretamente, la opción escepticista ha tratado de concentrar la atención en las experiencias del antropólogo en el trabajo de campo, y en sus sensaciones personales más íntimas; ya sea a través de modalidades subjetivistas no exentas de narcisismos (Crapanzano 1992), apologías del diálogo entre iguales (Tedlock [1987] 1991), o reflexiones sobre los textos de los padres “fundadores de discursividad” (Geertz [1988] 1997, Marcus y Cushman [1982] 1991, Clifford 1988, Marcus y Fisher 1986). Lejos de estas posiciones se ubican vertientes de carácter materialista, como la “antropología crítica” encabezada por figuras como Scholte o Fabian que, si bien reconocen algunos aportes de los enfoques posmodernos, los acusan de esterilizantes (Wright 1993-1994). Otra crítica proviene de la antropología “neomoderna” de Jean y John Comaroff (1992) quienes revalorizan el análisis de los fenómenos socioculturales externos al investigador. Estos autores señalan que “debemos focalizar en la interpretación de fenómenos sociales, no en la interminable búsqueda de significados textuales para exorcizar el hecho de que nuestras investigaciones no poseen una transparencia realista” (1992: 12-13; traducción nuestra). En este sentido, la Antropología (etnografía) sería “un modo de comprensión históricamente situado de contextos históricamente situados, cada uno con sus propios y

¹⁶ Las elecciones teórico-metodológicas deben ajustarse a las problemáticas específicas. En este sentido, la utilización de diversos tipos de técnicas (cualitativas y cuantitativas) no debería verse restringida *a priori*.

probablemente radicalmente diferentes tipos de sujetos y subjetividades, objetos y objetividades” (1992: 10). La postura de los Comaroff tiene cierto paralelismo con la posición gadameriana de Rosaldo ([1989]1991) según la cual la salida está en apoyarse en los propios prejuicios y tradiciones, en un paradigma reflexivo que reconoce la historicidad de la construcción etnográfica y del etnógrafo, miembro de una cultura, situado en un tiempo y, claro está, portador de un *habitus* académico¹⁷. Parte de estas líneas han sido situadas en la llamada “antropología de la experiencia”, entre cuyos autores más significativos se encuentra a Víctor Turner (Turner 1985, Turner y Bruner 1986), en la que como lo expresa Pablo Wright: “Por una parte es una reflexión sobre la experiencia etnográfica *per se*; por el otro, es un re-análisis de la cultura expresiva, de las performances que los antropólogos estudian” (1993/1994: 354)¹⁸.

En síntesis, nuestro conocimiento está situado y responde a las preocupaciones de una época. El investigador, al igual que los actores y grupos que investiga, interactúa “dentro” de un espacio social, temporal y territorial limitado, pero también se involucra en intercambios complejos “con” otros grupos y espacios socio-culturales (hecho que parece más evidente en la actualidad). Es correcto que nuestro conocimiento de lo ajeno se relativice, se haga más autorreflexivo, pero esto no implica su disolución en un mero discurso subjetivo. Parafraseando a Berlin (1995), quizá sea más adecuado adoptar la idea de “pluralismo cultural” desechando el concepto de relativismo¹⁹. Para Berlin: “La intercomunicación entre culturas en tiempo y espacio es sólo posible porque lo que hace humanos a los hombres es común a todos y actúa como un puente entre ellos.” (Berlin 1995:52; traducción nuestra). No obstante, desde el momento en que todos estamos insertos en la propia identidad, también la interpretación sobre los significados de las otras culturas tiene sus límites. Y justamente, a partir de esta premisa intentaremos identificar el lugar que le corresponde a la Antropología Histórica.

obra de los Comaroff (1992) puede consultarse la excelente reseña de Claudia Brihones (2006), publicada en *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria* 5.

¹⁸ Wright propone colocar el acento en la “experiencia existencial”, como compromiso con el espacio y el tiempo de la acción comunicativa global que se produce entre el antropólogo y los sujetos con los que interactúa en su trabajo de campo. Desde esta perspectiva, se evita reducir el trabajo del investigador al producto textual de su trabajo. Como hecho total, la experiencia existencial del antropólogo es un complejo entrelazado de situaciones comunicacionales, con sus compromisos intelectuales, emotivos y corporales, y de los textos en los que finalmente trata de evocar su experiencia.

¹⁹ En la genealogía del concepto de relativismo cultural debe citarse obligatoriamente a Franz Boas. No obstante, sus postulaciones tendían a enfatizar la historicidad de la cultura para rescatar sus componentes originales y poner de relieve su particularidad histórica.

Estructura o Acontecimiento

Un dilema ya antiguo en las Ciencias Sociales y que afecta particularmente la división de aguas entre Antropología e Historia es la distinción entre estructura y acontecimiento, la cual fue tomada originalmente como base de la división del trabajo intelectual entre ambas disciplinas. Si bien hoy se ha ablandado esta distinción, y la escuela de *Annales* ha sido pionera en este cambio, influye implícitamente en muchas tomas de posición naturalizadas en los discursos disciplinares. Al parecer, las disciplinas disciplinan.

¿De qué modo puede analizarse la relación entre los sujetos y las estructuras, para superar las oposiciones tradicionales, tan marcadas en la Teoría Social? En su libro *Islas de Historia*, Sahlins intenta romper con el pensamiento dualista basado no sólo en esta dicotomía (estructura-acontecimiento), sino en otras no menos fundamentales como la de infraestructura-superestructura, e inclusive pasado-presente, por citar algunas. Allí propone la noción de acontecimiento como “actualización crítica”, en el que la cultura se refuncionaliza, haciendo de su transformación “uno de los modos de sus reproducción” (Sahlins [1985] 1988b: 130). Este fenómeno se hace evidente, según Sahlins, en situaciones históricas de contacto como la que analiza específicamente en este libro entre el capitán Cook, los hawaianos y los maoríes. En estos contextos, la “prescripción” de universos socioculturales diferentes se resignifica en prácticas “performativas”. De modo que “el uso de conceptos convencionales en contextos empíricos somete los significados culturales a revalorizaciones prácticas” (p. 136). La posición de Sahlins, formulada de manera más programática en su libro *Cultura y Razón Práctica* ([1976] 1988a) -obra fundamental de la Antropología simbólica- se hace eco de los virajes pragmáticos de la teoría social²⁰.

Una de las repuestas más lúcidas al problema de las oposición entre estructura y acción ha sido aportada por la microsociología de Giddens, alineada en gran medida con las corrientes fenomenológicas (particularmente la etnometodología). Se trata de uno de los intentos de síntesis más acabados entre estructura y acción, y de una formulación sistemática de la agencia (*agency*). Anthony Giddens ([1984] 1998: 40-41) en su teoría de la estructuración, rompe con el funcionalismo y el estructuralismo que “proponen el imperialismo del ‘objeto social’ y las sociologías de la comprensión que imponen el ‘imperialismo del ‘sujeto’”, afirma que “Una ontología de un espacio-tiempo constitutivo de prácticas sociales es esencial para la idea de estructuración, que parte de una temporalidad y, por lo tanto, en cierto sentido, de una ‘historia’”. Giddens ([1976] 1997) llama “*dualidad de la estructura*” a la dependencia mutua de la acción y la estructura. La acción se

²⁰ La producción de Sahlins, y en particular *Islas de historia* ha recibido críticas excesivamente duras por parte de Reynoso (1989). Ciertamente el libro incurre con frecuencia en interpretaciones difíciles de seguir. Sin embargo, la noción dinámica de cultura como repertorio que se actualiza y se refuncionaliza, al igual que la propuesta programática de entrelazar nociones derivadas de la Antropología y la Historia, aunque no del todo novedosas, están bien formuladas en la introducción y las conclusiones del libro y resultan provocativas en el buen sentido del término.

vincula naturalmente al individuo, que es a la vez sujeto y agente que interactúa. Así, la reproducción social depende de la interacción y por lo tanto es dinámica. A la estructura doble, Giddens agrega en el plano analítico una “doble hermeneútica” que alude a la continuidad entre el llamado conocimiento científico con el sentido común, característica que considera esencial —o en todo caso más evidente— en la Ciencia Social.

Esta propuesta tiene muchas semejanzas con el “constructivismo estructuralista” de Bourdieu (1980, [1985] 1999), quien trata de conciliar también las corrientes subjetivistas y objetivistas señalando que no puede existir una instancia sin la otra y viceversa. Su triple definición del campo, el *habitus* y los capitales, en tanto conceptos integradores de prácticas sociales, permiten efectuar una síntesis entre corrientes subjetivistas y objetivistas.

Si desglosamos algunos de los elementos tomando como base lo que Giddens considera en su teoría de la estructuración, encontramos que, en primer lugar, existe una estructura integrada por reglas y conductas rutinizadas que pueden legitimarse, aunque sea parcialmente, en instituciones formales (los “campos” de Bourdieu), y que podría homologarse parcialmente con los *habitus* que este mismo autor propone como sentidos y lógicas de la práctica adquiridos. Segundo, existen agentes conscientes y capaces de una reflexión al menos parcial sobre sus propias prácticas e intencionalidades y capaces de objetivarlas (“reflexividad” y “conciencia práctica”) en forma discursiva, aunque siempre haya que considerarlas en su contexto de espacio-tiempo (teniendo en cuenta que todos los agentes no disponen del mismo “capital”). En tercer lugar, existen las acciones de los agentes que generan acontecimientos de consecuencias buscadas y en otros casos no buscadas.

No obstante, se puede señalar que Giddens no pone suficiente énfasis en la construcción de diferentes tipos de sujetos y de subjetividades y sus múltiples niveles complejos de mediación con el marco social más amplio. Es común que estas subjetividades se construyan desde sus referentes grupales, o corporativos, cualquiera sea su naturaleza, desde la familia hasta el gremio. O sea actores o sujetos colectivos que, en ocasiones, también comparten los espacios de decisión con actores individuales que disponen de un cuota de poder particular (Guerra 1993).

Ahora bien, para considerar estos temas es necesario comprender en qué forma los acontecimientos históricos se relacionan, o dependen e influyen simultánea y recíprocamente sobre la estructura de la sociedad. En el plano analítico, los acontecimientos (diacronía) y la estructura (sincronía) no se excluyen, sino que se complementan, y en esto acuerdan prácticamente todos los autores, ya sea que provengan de la Antropología, la Sociología o la Historia. Consideramos como estructura un conjunto de instituciones y de comportamientos sociales (parcial o segmentariamente) compartidos, que se caracterizan por tener una cierta estabilidad y consenso que se prolonga en el tiempo. Pero estabilidad no significa que esta estructura permanezca estática o inmóvil ya que contiene los genes del cambio; un margen de dinámica interna —propia de la coherencia relativa de cualquier sistema social— mediante la cual los agentes sociales pueden desplazarse, igno-

rando o rechazando parte de las opciones consensuadas y si es necesario y posible, alterarlas o modificarlas según sus circunstancias.

Enfocar la mirada en las prácticas de los actores, en las acciones, entendidas también como “experiencias”, es una de las claves para comprender los fenómenos del pasado. A tal fin, el renovado concepto de hegemonía, de base gramsciana, elaborado por Raymond Williams puede resultar de utilidad, para comprender la dinámica de las prácticas sociales. Williams define la hegemonía como

todo un cuerpo de prácticas y expectativas en relación con la totalidad de la vida: nuestros sentidos y dosis de energía, las percepciones definidas que tenemos de nosotros mismos y de nuestro mundo. [...] un vívido sistema de significados y valores –fundamentales y constitutivos- que en la medida en que son experimentados como prácticas parecen confirmarse recíprocamente (Williams [1977] 1980: 131).

No se trata de un sistema cerrado ni abstracto. Al encontrarse ligado a las prácticas, este “sentido de realidad”, es un “complejo efectivo de experiencias, relaciones y actividades que tiene límites y presiones específicas y cambiantes”. La hegemonía es un proceso abierto y dinámico, en tanto que debe “ser renovada, recreada, defendida y modificada. Asimismo, es continuamente resistida, limitada, alterada, desafiada por presiones que de ningún modo le son propias” (p. 134).

El concepto de hegemonía ha suscitado muchos debates. Aquí solo nos basta rescatar el modo dinámico como vincula experiencia-acción-acontecimiento y estructura²¹. Al respecto encontramos ejemplos concretos en el análisis de la realidad sociocultural del Perú del siglo XVII. Tal es el caso del modelo “andino colonial” de Steve Stern (1992), en el que los indígenas participaron activamente a pesar de ser subordinados, visión que no condice con la tradicional escisión entre indios y españoles como segmentos discretos. En efecto, se establece una dinámica donde lo consensuado no excluye lo ambiguo, donde lo hegemónicamente naturalizado no excluye la contestación y el rechazo, o como dice Stern la “adaptación en resistencia”, donde los signos y prácticas culturales y socialmente significativos, como lo expresaron los Comaroff (1992: 30) son “siempre fluidos y ambiguos, un mosaico parcialmente integrado de narrativas, imágenes y prácticas significativas”.

En consecuencia, si enfocamos la relación entre estructura y acontecimiento como un fenómeno de interacciones sociales y competencias simbólicas, es actualmente falso (si es que alguna vez esto fue sostenido en forma tajante y excluyente) el dilema de fijar como único objetivo de la Antropología o de la Sociología el análisis de las estructuras y los cambios que los agentes producen en ella, y en el caso de la Historia la sucesión de los

²¹ Remitimos para una ampliación del concepto de hegemonía además de Williams ([1977] 1980) a Mouffe ([1996] 1997). En cuanto a su vinculación con la Antropología, Briones (1995) y Comaroff, J. y J. (1992).

acontecimientos. Lo que proponemos es la opción de una perspectiva interdisciplinaria que puede instrumentarse metodológicamente observando en este cruce, las relaciones entre las reglas y las prácticas tanto en la “contextualidad de encuentros situados” (Giddens [1984] 1998: 55) como en espacios temporales más amplios. En otras palabras, combinando lo sincrónico y lo diacrónico. Como lo expresan con mayor claridad los Comaroff (1992) lo que le otorga originalidad a la Antropología Histórica con respecto a la Historia Social, y que nos permite abordar con solvencia diversas problemáticas que emergen en las sociedades complejas, incluso las llamadas del primer mundo, es que “nuestra metodología está menos preocupada por los acontecimientos que con prácticas significativas”, porque debemos “ser capaces de capturar simultáneamente la unidad y diversidad del proceso social, la incesante convergencia y divergencia de las formas predominantes de poder y sus significados” (Comaroff 1992: 37). En esa línea de razonamiento, los Comaroff rechazan la división entre sociedades tradicionales y sociedades modernas como espacios reservados, casi cotos de caza, propios de disciplinas separadas. La limitación aquí reside en identificar a la disciplina con el objeto o con ciertas partes del mismo, perdiendo una visión de conjunto.

De la misma manera que la Historia, pero tal vez cambiando el foco al dirigirlo a problemas vinculados con el sentido de las prácticas y las representaciones locales, más que a la sucesión de acontecimientos determinados o espacios particulares, la Antropología Histórica puede observar los cambios que se producen tanto en la estructura como en la conducta de los agentes durante lapsos más prolongados. Colocar el foco en las prácticas sociales y en sus cambios, es lo que busca en definitiva la Antropología Histórica. En suma, la búsqueda de los sentidos que una sociedad o grupo otorga a sus acciones y representaciones en contextos específicos.

Ahora bien, ¿cuáles serían los mecanismos de articulación y contradicción entre los distintos niveles de estructura y acontecimiento? Esta es una pregunta central para la definición del enfoque de la Antropología Histórica.

Las propuestas metodológicas de la microhistoria pueden colaborar en el esclarecimiento de esta pregunta a partir de su interesante problematización del concepto de “contexto”. Como ya lo ha señalado esta corriente, los contextos son múltiples y pueden ser reconstruidos en un *continuum* de planos desde lo local a lo global. A esta idea apunta Revel (1995), cuando cuestiona los usos tradicionales de la noción de contexto—retóricos, argumentativos e interpretativos— como si éste fuera dado al modo de un “telón de fondo”. La microhistoria en sus diversas modalidades propone variar constantemente la escala de observación, pues esta operación responde mejor al movimiento concreto de los actores por las diversas dimensiones y espacios de la sociedad (Levi [1968] 1993). Esta sugerencia tiende de hecho a romper con la oposición tajante entre texto y contexto, o al menos a tejer entre ambas instancias una relación más compleja y dinámica. Un problema común de las corrientes textualistas contemporáneas es que diluyen el contexto en el o los textos como si fuera lo único que existiera, lo cual es muy coherente con la negación de realidades externas al sujeto. Pero si a esta altura solo de creencias se trata (además de ahorrarnos

algunas páginas), somos partidarios de no suprimir la noción de contexto, claro está si por éste se entiende un entramado dinámico y complejo.

Lo local no necesariamente tiene que reproducir la aldea indígena de los antiguos estudios antropológicos. Por el contrario, se pueden hacer recortes dentro de las sociedades complejas, identificar grupos o espacios sociales donde se ponen en juego distintos “porcentajes” de capital económico y capital simbólico o cultural, en un campo de fuerzas donde, además de las tensiones endógenas, juegan también los constreñimientos y presiones y el sistema exógeno global (Bourdieu [1985] 1999). Además, estos “espacios” sociales y culturales previamente definidos pueden ser analizados *en* contextos históricos, *en* un determinado momento del pasado, o bien ser rastreados en plazos temporales más extensos que nos conduzcan a definir *procesos*. En esto no nos alejamos demasiado de la Historia a secas, en tanto como lo expresa Hayden White se puede distinguir entre “narrativas diacrónicas o procesuales o sincrónicas, o estáticas” ([1973] 1998: 21). Sin embargo, el término estático resulta incorrecto a la postre, porque aún un corte arbitrario en el devenir continuo del proceso histórico, no significa necesariamente que no se considere la dinámica interna que anima el quehacer social, ya sea que pretenda provocar modificaciones en las relaciones, ya sea que simule cambiar para que nada cambie. Tenemos un ejemplo interesante en los estudios del antropólogo francés Alban Bensa (1996), que describe de manera elocuente los cambios de sentido que los actores sociales de Nueva Guinea otorgan a sus tradiciones, según los contextos situacionales en los que se encuentran. Entre ellos, destacamos la reformulación de la Historia en beneficio de una más eficiente manipulación de las coyunturas.

HISTORIA Y ANTROPOLOGÍA: UN MATRIMONIO PROMISORIO

Maitland ha dicho que la antropología debe escoger entre ser historia o no ser nada. En el sentido en que he venido discutiendo el problema, que creo que es el mismo en que él se expresa, acepto la sentencia, aunque solamente si puede también invertirse – la historia debe escoger entre ser antropología social o no ser nada-, y estoy convencido de que Maitland hubiese aceptado la condición.

Evans-Pritchard, Conferencia Historia y Antropología, 1961

Como hemos señalado, las estructuras socioculturales, objetos tradicionales de la Antropología, eran susceptibles de analizarse sincrónicamente, por medio de la experiencia de campo (el “estar allí”). Por su parte, la Historia privilegiaba los acontecimientos, y por tanto el enfoque diacrónico del cambio, al que se podía acceder mediante el trabajo de archivo. Aunque las constantes reformulaciones disciplinares han permitido superar este obstáculo, la Antropología y la Historia, siguen siendo a menudo clasificadas de acuerdo con divisiones rígidas. De este modo, la división disciplinaria en base al objeto (Occidente

versus no Occidente), se suma a aquella vinculada al método (trabajo de campo sincrónico versus trabajo de archivo diacrónico). Una asociación más sutil entre la Antropología y la Historia es, como lo ha señalado Augé ([1994] 1995), la sujeción de ambas a las dimensiones de tiempo y espacio; mientras la Antropología es capaz de desplazarnos en el espacio, la Historia nos desplaza en el tiempo; cada una a su modo, “estuvo allí”.

¿Qué debería tomar una Antropología Histórica como punto de partida para constituir su campo de estudio? Como ya dijimos, lo primero es romper con las concepciones polarizadoras. En este caso se hace necesario temporalizar el espacio antropológico y espacializar el tiempo histórico como lo sugiere Augé, ejercicio que hasta el momento no se ha hecho en forma sistemática, si bien es oportuno recordar la propuesta de Eric Wolf en *Europa y la Gente sin Historia* ([1982] 1987). En efecto, los intentos por acercar la Historia y la Antropología no han tenido siempre el mismo éxito de audiencia (si éste fuera un indicador de éxito), pero en la medida que movilizaron polémicas en un contexto bastante escéptico, puede decirse que fueron fértiles. Veamos algunos casos.

Historia vis-a-vis la Antropología

La Historia ha sabido superar la tradicional identificación con lo fáctico, incorporando problemáticas y herramientas de análisis de la Sociología y la Antropología. Esta primera transacción - coincidente con el viraje de *Annales* hacia el tercer nivel - fue identificada por la historiografía como “Historia Cultural” no sin connotar cierto reduccionismo. Sin embargo, deben rescatarse las obras de Le Goff ([1977] 1997) y de Burke ([1991] 1993); por sus lúcidos intentos de articular problemáticas comunes. Con ellos deducimos que si hay un sentido en que con seguridad puede decirse que la Historia antropologizó su matriz disciplinaria es en la recuperación/reconstrucción de la “alteridad”. De hecho la “subalternidad” del pasado parece haber sido el objeto por excelencia de una Historia que se acercó a la Antropología. En esto fue útil aunque muy cuestionada la incorporación del método etnográfico al análisis del pasado. Podemos identificar al menos tres manifestaciones de esta tendencia en Historia: el marxismo culturalista inglés, la microhistoria en su línea italiana y francesa, y la historia cultural norteamericana.

E. P. Thompson representa la primera vertiente. En algunos de sus escritos ha resaltado la importancia del acercamiento de la Historia hacia la Antropología²². En *La Formación histórica de la Clase Obrera* ([1966] 1977), revitaliza la noción de cultura en relación inextricable con la acción y la experiencia como generadores de conciencia de

²² El trabajo ‘*Rough Music*’. Le charivari anglais (1972) y la conferencia “Folclore, Antropología e Historia Social” (dictada en 1976) publicados en castellano en *Historia Social y Antropología* (1994), representan la inquietud de Thompson por la relación entre ambas disciplinas.

clase, oponiéndose vehementemente a las definiciones estructuralistas y marxistas tradicionales²³.

La microhistoria italiana surgida en torno de la revista *Quaderni Storici*, es una vertiente que ha sabido utilizar con lucidez los aportes de la Antropología interpretativa, en particular las técnicas del microanálisis. La microhistoria es bastante heterogénea, lo cual hace difícil definir claramente sus abordajes, esfuerzo que en buena medida cumplió Revel (1995). Una de las estrategias de análisis más interesantes que aporta es la “reducción de escala” (Levi [1968] 1993)²⁴, que consiste en particularizar el análisis a niveles más microsociológicos -inclusive el de individuos particulares- para comprender dinámicas generales de una sociedad y una época. Dos de las obras más representativas de la microhistoria son *La Herencia Inmaterial*, de Giovanni Levi ([1985] 1990), y *El queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg ([1976] 1991)²⁵. Aunque tiene grandes semejanzas con la “descripción densa” geertziana, la microhistoria no adhiere a una noción de contexto (o de cultura) reducida a un “universo de significados compartidos”. Autores como Levi ([1985] 1995) han marcado distancias advirtiendo sobre los “peligros del geertzismo”²⁶.

Una utilización menos crítica y bastante polémica de la “descripción densa” proviene de la Historia Cultural norteamericana, particularmente de Darnton ([1984]1994) quien con su libro *La gran matanza de gatos*, sacudió el ámbito historiográfico norteamericano y francés, repercutiendo también con fuerza en Argentina (Hourcade *et al.* 1995). En un conjunto de ensayos contenidos en su libro, Darnton se propone hacer una

²³ Nos referimos sobre todo a la polémica con Lévi-Strauss, pero no podemos dejar de considerar las apasionantes discusiones con Althusser las cuales reflejan un sustancioso debate entre estructura y acontecimiento. Thompson reivindica los estudios históricos, puesto que si todo está dado en la estructura ya no queda nada por investigar. Sostiene que los procesos y los trasfondos estructurales siempre están sujetos a la acción humana. No es casual que Thompson desarrollara trabajos y discusiones conjuntas con Raymond Williams, alrededor de la “Escuela de Birmingham” que se caracterizó por reconceptualizaciones desde un punto de vista pragmático. La filiación marxista de estos intelectuales los inclinó más hacia una lectura materialista, redefiniendo conceptos de tradición gramsciana, como es el caso del de hegemonía. Reconceptualizaciones que han permitido superar las tradicionales polarizaciones simplistas entre estructura y superestructura o dominantes y dominados, que obturaban el abordaje de la llamada “cultura popular”. La “Escuela de Birmingham” es además antecesora directa de los ahora en boga “estudios culturales” (Mujerji y Schudson 1991).

²⁴ Revel ha preferido llamar a la misma estrategia “variación de escala” o, más específicamente, *joué d’échelle*. Pero actualmente existe un debate entre quienes defienden la estrategia de la “reducción”, frente a quienes prefieren hablar de “variación”.

²⁵ Hemos sido receptivos a estas vertientes, y particularmente a los trabajos de Levi y Ginzburg han influido en la obra de Lorandi (1997), *De quimeras y utopías, la gesta de Pedro Bohorques*.

²⁶ Es preciso marcar las distancias de la microhistoria y la postura de Geertz. Un buen ejemplo de esa distancia es el libro de Carlo Ginzburg *El juez y el historiador* ([1991] 1993) donde revaloriza las nociones de prueba y verdad desde una postura materialista, al tiempo que retoma algunos de los principios enunciados en su ya clásico ensayo sobre el “paradigma indicial”

historia cultural con “espíritu etnográfico” tratando a “nuestra civilización [...] de la misma manera como los antropólogos estudian las culturas extranjeras” (Darnton [1984] 1994: 11). De este modo exotiza lo que en apariencia nos es familiar, reivindica la noción de “otredad” como premisa analítica desechando el “sentimiento de familiaridad con el pasado” (p. 12). El polémico trabajo de Darnton, podría ser calificado *strictu sensu* como “etnografía histórica”, o como ha preferido llamarlo el mismo Geertz: “historia etnografiada”²⁷. El mencionado debate de Darnton con franceses tales como Roger Chartier o Pierre Bourdieu, revela no obstante que, aunque la Antropología ha ingresado de manera más diluida en sus propios enfoques, se observa su influencia en los temas y perspectivas de sus trabajos de las dos últimas décadas, y que son muy conocidos y utilizados en nuestro medio.

Las polémicas generadas en torno de Darnton nos introducen en una problemática recurrente en la historiografía contemporánea: la incapacidad de resistir a la seducción de los enfoques interpretativos de la Antropología, en particular el acuñado por Geertz, aún cuando ha sido hartamente cuestionado desde la academia antropológica, ya hace muchos años, por su carácter reduccionista y simplificador (Keesing 1987; Reynoso 1995). El debate se ve revitalizado ahora con la “controversia Goldhagen” cuyas falencias metodológicas parecen todavía más flagrantes (Goldhagen 1996; Hinton 1998; Filchestein 1999)²⁸.

El debate que plantea uno de los últimos números de *Hispanic American Historical Review* (1999), revela la actualidad del conflicto entre Historia Social e Historia Cultural en el ámbito académico norteamericano. Los representantes de la Historia Social “dura”, como Stephen Haber que defiende el paradigma cuantitativo y la validación poperiana, o como Susan Socolow que plantea sus argumentos desde una perspectiva cualitativa pero más tradicional de la Historia Social, presentan una crítica dura e irónica. Sostienen que la Historia Cultural se destaca por su ambigüedad, por colocar nuevos rótulos sofisticados a viejas categorías, y por utilizar un jergón sobre el cual han construido un nuevo imperalismo académico, que se refleja además, en el control de recursos y espacios de publica-

²⁷ Bajo la misma categoría Geertz (1997) agrupa los trabajos de Natalie Zemon Davies, Le Roy Ladourie, etc. Y sostiene que “Gran parte de la historia ‘etnografiada’ que tan popular se ha hecho últimamente [...] reposa en gran medida en un efecto, producido, por supuesto, no mediante la representación del autor como ‘habiendo estado allí’ sino fundado en los análisis de las revelaciones experienciales de gente que sí estuvo allí.”

²⁸ La controversia surge a partir de la publicación del libro de Daniel Goldhagen (1996) historiador norteamericano que intenta explicar el Holocausto como producto exclusivo de patrones culturales antisemitas internalizados durante siglos por la sociedad alemana. Lo interesante es que Goldhagen pretende argumentar “como lo haría un antropólogo”, sin considerar prácticamente ninguno de los debates contemporáneos de la Antropología cognitiva, como lo ha puesto en evidencia Hinton (1998), subrayando la competencia de los antropólogos en una crítica de dicho libro. Lamentablemente, la réplica local al libro de Goldhagen representada por la compilación de Filchestein (1999) recientemente aparecida en EUDEBA, tampoco contiene la posición de ningún antropólogo a pesar de su pertinencia.

ción. La acusan de “blanda” o “liviana”, de incapacidad para ofrecer o siquiera intentar una verificación “científica” de sus hipótesis y por ser adictos a la “interpretación libre” en el tratamiento de los datos. A su vez sostienen que la epistemología de la Nueva Historia Cultural es subjetivista, preocupada por la habilidad de producir conocimiento, más que para validarlo sobre los hechos objetivos; que carece de un razonamiento lógico y por estar impregnada de ideología política.

Las críticas, sin embargo no parecen sustantivas, porque no ofrecen argumentos demasiado convincentes. Ignoran que los nuevos enfoques se destacan por la armonización de diversos aportes teóricos y metodológicos y por no desdeñar, si hace falta, un tratamiento cuantitativo de los datos. De hecho, los comentarios de Haber en el debate mencionado de la HAHR, y sobre todo la virulencia del artículo de Socolow demuestran que más que una controversia teórica, se trata de una disputa por espacios de poder académico. Por otra parte, a pesar de la defensa que Florencia Mallon hace de los estudios de subalternidad, también es cierto que en otro trabajo ya comentado²⁹, ella solo menciona entre los estudios andinos a algunos norteamericanos, y excepcionalmente a algún latinoamericano, omitiendo la importantísima producción sobre la antropología histórica andina de los últimos veinticinco años. Esto parece explicar que el debate se esté definiendo por el control de espacios de poder académico, más que por los de orden epistemológico o metodológico.

Antropología vis-a-vis la Historia

Los intentos de acercamiento de la Antropología a la Historia como disciplinas no han sido ni muchos, ni sistemáticos. No obstante, las investigaciones de antropólogos sobre, por ejemplo, la problemática de la etnicidad, han sido sensibles a incorporar la Historia como proceso de cambio, en contra de nociones esencialistas (Briones 1995; 1998³⁰, Hidalgo y Tamagno 1992, Karasik 1994). De esa forma, conceptos como cultura, identidad, etnogénesis han sido reconceptualizados como fenómenos complejos situados históricamente.

En el ámbito norteamericano se pueden rescatar en este sentido algunos trabajos verdaderamente señeros. Nos interesa en particular el aporte constructivo de Jean y John Comaroff (1992) quienes en su libro *Ethnography and the Historical Imagination*, definen una posición crítica frente al giro deconstructivo de la Antropología postmoderna, contraponiéndole propuestas teórico-metodológicas concretas para el abordaje de los fenómenos socioculturales. Tal es así que revisan conceptos centrales de la Antropología

²⁹ Ver Mallon 1995.

³⁰ El libro de Claudia Briones (1998) ofrece una total actualización de las tendencias más recientes en la Antropología angloamericana.

como lo son el de cultura y el de etnografía (quizá los más criticados) y definen premisas de análisis para las problemáticas de la etnicidad y de la corporalidad de las estructuras sociales. A propósito de estas categorías, desarrollan análisis concretos basados en trabajos de campo realizados en África, que les permiten emplear las herramientas conceptuales que proponen. Por lo tanto no se trata simplemente de una orientación programática. El trabajo tiene un gran valor teórico y es un esfuerzo explícito por acercar las disciplinas antropológica e histórica.³¹

¿Cuál es el orden de fenómenos que la Antropología Histórica convierte en unidades de análisis? La Antropología Histórica busca identificar actores y grupos formales o informales que interactúan en sistemas más globales, buscando modificarlos, explotarlos y aún destruirlos en provecho propio; minorías o migrantes que buscan hacerse de un lugar en el sistema en el que se insertan; élites que ensayan formas de identificación y diferenciación interpelando de diversas maneras a “los de abajo”; masas de gente “silenciosa” cuyas voces casi siempre nos llegan en forma indirecta y a veces sólo en la modalidad de reacciones violentas a la norma impuesta “desde arriba”. Estas son las acciones y las subjetividades que la Antropología Histórica explora.

La sociedad como entramado complejo a veces toma la apariencia de ser una entidad impersonal que se reproduce a sí misma, y para ello cuenta con mecanismos de inclusión-exclusión, o lo que es lo mismo, de “construcción de la diferencia”, de límites que definen y perpetúan el adentro y el afuera. Pero los sujetos individuales y colectivos no son ajenos a estos mecanismos pues participan de ellos en forma justificatoria o impugnatoria, con todos los matices intermedios. En este sentido podríamos decir, de acuerdo con los Comaroff, que los mecanismos aparentemente impersonales de reproducción sociocultural son hegemónicos pues forman parte de un sentido de realidad naturalizado, mientras que aquellos identificados con un sector particular de la sociedad son ideológicos. Así los mecanismos hegemónicos y los ideológicos serían complementarios. Estos problemas son comunes a las sociedades contemporáneas y a las del pasado, y resultan particularmente relevantes para el período colonial americano.

Algunos ejemplos son interesantes para ilustrar como se puede lograr este entretejido interdisciplinario, en la corta y la larga duración. Pueden ser tomados como *leading cases* y sirven de modelo para una Antropología Histórica.

El libro de Ana María Alonso (1995), *Thread of Blood*³², constituye un paradigma de Antropología Histórica, en el que se combinan trabajo de archivo y de campo para el

³¹ No debemos olvidar los aportes de Adjun Appadurai ([1986] 1991) quien en *La vida social de las cosas*, reúne trabajos claramente orientados a definir una Antropología Histórica, en una perspectiva integradora de los fenómenos económicos. Tanto Appadurai como los Comaroff pertenecen a la Universidad de Chicago, centro de gran prestigio que constituye una alternativa a la corriente posmoderna originada en las universidades del sudoeste norteamericano.

³² Libro ampliamente citado en el debate publicado en HAHR., como ejemplo de excelente producción de la Historia Cultural.

análisis de procesos de larga duración. Alonso analiza las cambiantes estructuras sociales y también cambiantes representaciones mutuas entre los actores, en la frontera norte de México, a lo largo de tres siglos, desde comienzos de la conquista de la región hasta finales del siglo XIX, investigando el presente mediante entrevistas de campo. La autora enlaza los acontecimientos con los cambios de estructura, los reposicionamientos de diversas clases de actores, abordando problemas tales como la etnicidad, el honor, el género, y el poder expresado a través de diferentes tipos de liderazgos y coerciones institucionales. A diferencia de las propuestas de Giddens, y más acorde con las de los Comaroff, Alonso no opone individuo y sociedad, sino que aborda conjuntos de actores, subculturas o recortes problemáticos, discutiendo sus modificaciones y sugiriendo una periodización. En cada época la autora presenta una fotografía, o mejor, un cortometraje, que al final se empalma en una película de larga duración perfectamente montada. Insistimos, es un excelente ejemplo de la forma en que estructura, acontecimientos, y representaciones pueden entretenerse en buena armonía teórica y metodológica. El doble trabajo de campo y de archivo, demuestra ser un recurso provechoso y con resultados de gran valor heurístico. En este libro encontramos que los límites de la información y de la interpretación han sido expresados con honestidad y buen juicio crítico.

En los Andes, la Antropología fue precursora de esta tendencia interdisciplinaria en la perspectiva con la que John Murra (1975 y 1978) acudió a los documentos históricos para recuperar los comportamientos de la sociedad y del estado incaico. Creemos que, aunque la difusión de sus trabajos nos exime de mayores detalles, es conveniente destacar el uso de las visitas coloniales a los pueblos indígenas como un recurso para la recuperación de la estructura étnica y de los mecanismos de interacción socioeconómicos. El modelo de "control vertical" ha tenido un enorme impacto en el desarrollo de los estudios interdisciplinarios y ha sido también un modelo metodológico para los investigadores de ésta y de otras regiones americanas.

Quisiéramos referirnos también a otros trabajos del mundo andino, que son a nuestro juicio paradigmáticos en la combinación de estrategias de investigación antropológicas e históricas. En la corta duración el artículo de Enrique Mayer (1984), «Los atributos del hogar: economía doméstica y la encomienda en el Perú colonial» constituye un excelente ejemplo. Si bien Mayer parte del modelo general de la organización sociopolítica andina de Murra, afirma que su tarea es inversa a la de la generalización. La particularización llega aquí incluso al nivel biográfico, pues Mayer recrea la vida de un humilde campesino del siglo XVI, llamado Don Agustín Luna Capcha de cuya existencia se sabe a partir de su testimonio en una visita realizada por un funcionario colonial. El autor utiliza tanto documentos de la época como una estrategia denominada «analogía etnográfica», que consiste en recrear fragmentos textuales de discursos del documento original transformando el testimonio escrito en tercera persona (por el visitador), en palabras vivas de quién habló en primera persona (el campesino). De esta manera el autor suma un elemento más al objetivo que originalmente se había planteado, el de iluminar aspectos de la vida doméstica de la época. Un caso particular lo lleva a esclarecer problemáticas globales. El autor

se mueve guiado por el interés etnográfico de elucidar el sentido de prácticas locales y sus años de trabajo de campo le permiten tratar al documento como la voz parlante de un informante en un trabajo de campo. Este trabajo enfoca un problema específico, “situado”, en un contexto histórico reducido en espacio y tiempo, apelando al análisis sincrónico y, simultáneamente haciendo referencias a procesos de larga duración.

Para la larga duración, es un ejemplo interesante el libro de Roger Rasnake (1989) *Autoridad y poder en los Andes. Los Kurakuna de Yura*. Aquí, el autor analiza un período de cuatro siglos centrándose en el devenir del grupo yura. El cambio es analizado en el plano político-jurídico de las formas de autoridad indígena, pero no pierde de vista la dimensión económica y aún la demográfica. Rasnake parte de la organización previa a la llegada de los españoles, luego se dedica a los cambios introducidos por la conquista, comenzando por el período de encomiendas y siguiendo por el régimen de «reducciones» (desde Toledo hasta La Palata). Las continuas amputaciones de las jerarquías tradicionales, al igual que el rediseño de la organización espacial andina, permiten al autor observar el surgimiento de los yura, como también su desaparición en el contexto colonial. La larga duración permite al autor analizar el papel de los *kurakas* como mediadores entre los contextos globales y los locales; la manera como estos jefes étnicos tejían estrategias tanto para, en algunos casos, asegurar la reproducción social de las comunidades a su cargo, como para enriquecerse personalmente. En general, Rasnake nota un desplazamiento hacia dimensiones organizativas más pequeñas como consecuencia de un proceso de fragmentación gradual de las tradicionales solidaridades. En este proceso, la «reducción» adquiere un sentido de pertenencia que continúa hasta nuestros días, como centro de las festividades, de los gobiernos locales y del vínculo con el Estado.

Finalmente comentaremos uno de los libros más sugerentes de los estudios andinos recientes. Se trata de la obra de Nathan Wachtel (1990) sobre los Chipayas o uros de Bolivia, donde el autor combina la etnografía de campesinos actuales, la microhistoria por el enfoque específico de estos grupos localizados en el Lago Poopo, y la macrohistoria regional, insertándolos en el contexto colonial donde estas poblaciones sufrieron un doble proceso de dominación simultánea, ejercida por el predominio de las poblaciones de habla aymara (grupo mayoritario en el altiplano boliviano) y la presión colonial española. Todo esto se presenta en un modelo de historia regresiva que abarca tres siglos, o sea que Wachtel combina en la larga duración la triple perspectiva de la etnografía, la micro y la macro-historia. El libro incorpora todos los avances historiográficos que se realizaron en la década del 80, en una síntesis comprensiva y global. Un contraste notable con el libro de Ana María Alonso ya citado, es que Wachtel utiliza la teoría como trasfondo de una rigurosa metodología de trabajo, sin hacerla explícita en ninguna de las 700 páginas que escribió pacientemente durante 20 años. Heredero de una práctica investigativa que rechazaba las explicitaciones teóricas, su enfoque tiene sin embargo un fuerte sesgo estructuralista que queda reflejado en el análisis etnográfico de los pueblos Chipaya. Aunque este abordaje comenzaba a quedar desactualizado en la época en que Wachtel escribía, no por eso renunció a él en este libro.

Como vimos el panorama es inevitablemente heterogéneo y la selección efectuada, cuya arbitrariedad admitimos, expresa nuestra propia postura. No podemos mencionar todos los aportes de investigadores del mundo andino, quienes han producido trabajos pioneros y que construyeron nuevas visiones del pasado colonial y prehispánico, permitiéndonos superar los estudios tradicionales sobre el proceso de conquista y colonización. Estos trabajos, de origen diverso, tienen en común el ser intentos por reconstruir universos complejos y dinámicos en los que la acción de los diversos sectores sociales del pasado tiene continuidad hasta el presente.

LAS DISCIPLINAS DISCIPLINAN

Luego de nuestro recorrido podemos ahora volver a nuestras preguntas iniciales. Con respecto a la primera: ¿qué posibilidad de síntesis existe entre Antropología e Historia?, señalamos que la vía principal es la superación de las diversas polaridades pendulares. Pero ciertamente no existe sólo una manera de superarlas, y los trabajos reseñados lo hacen de diversa forma. Como vimos hay cosas para rescatar de estos *leading cases*; todos ellos señalan caminos posibles, no prefijados dogmáticamente por un decálogo teórico-metodológico, con riesgo de exilio. Tampoco son invitaciones al “todo vale”, pues reconocen los límites de la interpretación y la posibilidad de conocer la realidad del pasado mediante análisis rigurosos. En cuanto a la pregunta sobre el contenido antropológico de los abordajes del pasado, ahora no tiene mucho sentido si exorcizamos la identificación excluyente de la Antropología con su objeto tradicional y con su método. Tanto las modalidades de investigación presentadas hasta aquí como las que se publican en este volumen, se abren a la combinación de métodos y conceptos en el campo de la “teoría social”. En cuanto a la “teoría antropológica”, lejos de ser tirada por la borda, mantiene su especificidad si se la considera como parte de una “teoría social” más amplia. Las contribuciones a la teoría del ritual, a la teoría del intercambio, en particular la problemática de la reciprocidad, los estudios sobre clientelismo, sobre faccionalismo, sobre parentesco, etnicidad y género, forman parte del acervo de una teoría antropológica que no se resigna a diluirse en la “nada posmoderna”.

¿La realidad del pasado americano sigue siendo entonces la misma? Si y no. En la medida que todavía constituye un objeto con existencia propia y externo a nuestra mirada sí lo es (los documentos siguen allí, como siguen allí las personas con memoria). Pero ciertamente no es la misma realidad a la luz de las nuevas lecturas y herramientas de análisis. Ahora es una realidad más compleja y contradictoria, con más variables, que parece distinta, y lo es en la medida en que la mirada sobre ella no es la misma. No hemos podido referir exhaustivamente a los condicionamientos contextuales más amplios de nuestra producción, pero estuvieron siempre latentes en los reiterados cambios de orientación. Cambios en los que influyeron desde luego las cuatro o cinco generaciones de investigadores que pasaron por el equipo en los diez últimos años, con sus bagajes de experiencias e inquietudes.

Los trabajos que presentamos a continuación constituyen ejercicios reflexivos sobre nuestra práctica de investigación del pasado americano. Como no podía ser de otra forma, son todos muy particulares en la medida que surgieron como necesidades propias de contextos comunes (nos referimos a la Argentina de los 80 y los 90) pero no percibidos de la misma manera. De modo que al aspecto contextual debemos agregar el biográfico. Algunos de los autores han sido integrantes del grupo desde sus orígenes, otros se han incorporado más recientemente, lo que se manifiesta en modulaciones diferentes de los temas e inquietudes. Ninguno de los autores desconoce los problemas generales de las Ciencias Sociales de los últimos años, sobre todo en lo atinente a las nociones de objetividad y validación, sobre los que hemos tenido ocasión de discutir en forma específica a lo largo de varios años y particularmente en el último, generando una práctica reflexiva que quedará instalada de aquí en más. Todos los trabajos expresan una visión optimista respecto a las posibilidades del conocimiento de la realidad social a la luz de las constantes reelaboraciones.

Referimos a nuestro lugar de “intérpretes” era una deuda que teníamos con nosotros mismos, un lugar generalmente soterrado por el peso de una tradición objetivista. Como consecuencia de esta reflexividad, el análisis de los actores de la época hace explícita su complejidad como realidad percibida e interpretada desde preocupaciones presentes. Aunque esto pareciera conceder demasiado a las posturas que criticamos, ya hemos señalado los límites de la interpretación. El hecho de estar inevitablemente condicionados por preocupaciones presentes en nuestro abordaje del pasado, no nos autoriza a decir cualquier cosa del mismo (pensemos en las implicancias ideológicas que esto tendría en el Tercer Mundo). Sumado a la reflexividad, sigue siendo nuestro objetivo primordial la reconstrucción de los sentidos del pasado, que conseguimos reconstruyendo contextos (no el Contexto) en toda su complejidad y dinamismo, tratando de utilizar herramientas de análisis más eficaces.

BIBLIOGRAFÍA

Adorno, Rolena

1984. Paradigmas perdidos: Guaman Poma examina La Sociedad Colonial. *Chungara* 13: 67:91. Arica, Universidad de Tarapacá.

1989. *Cronista y Príncipe. La obra de don Felipe Guaman Poma de Ayala*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.

Alonso, Ana María

1995. *Thread of Blood. Colonialism, Revolution, and Gender on Mexico's Northern Frontier*. Tucson, The University of Arizona Press.

Appadurai, Adjun

[1986] 1991. *La vida social de las cosas*. México, Grijalbo.

Appleby, Joyce, Lynn Hunt y Margaret Jacob

[1994] 1998. *La verdad sobre la Historia*. Barcelona, Editorial Andrés Bello.

Augé, Marc

[1994] 1995. *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Barcelona, Gedisa.

Austin, J. L.

1975. *How to do things with words*. Cambridge, Harvard University Press.

Bensa, Alban

1996. De la micro-histoire vers une anthropologie critique. En Revel, Jacques (direc.); *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*: 37-71. París, Hautes Études/Gallimard/Le Seuil.

Bénatouil, Thomas

1999. Critique et pragmatique en sociologie. Quelques principes de lecture. *Annales- Histoire, Sciences Sociales*, 54 année (2): 281-318. París.

Berlin, Isaiah

1995. The idea of pluralism. En Truett Anderson, Walter (ed.); *The Truth about the Truth. De-confusing and Re-constructing the Postmodern World*. New York, Published by G. P. Putnam's Sons.

Bertens, Hans

1995. *The Idea of the Postmodern. A History*. London/New York, Routledge Eds.

Bourdieu, Pierre

1980. *Le Sens Pratique*. Paris, Les Editions des Minuit.

[1985] 1999. *Razones Prácticas. Sobre la Teoría de la Acción*. Barcelona, Editorial Anagrama.

Briones, Claudia

1995. Hegemonía y Construcción de la 'Nación'. Algunos apuntes. *Papeles de Trabajo 4*: 33-48. Centro de Estudios Interdisciplinarios en Etnolingüística y Antropología. Rosario, Universidad Nacional de Rosario.

1996. Etnografías neomodernas y Antropología histórica: una vuelta a las fuentes. *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria 5*: 123-128. Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas. Facultad de Filosofía y Letras. UBA.

1998. *La alteridad del "Cuarto Mundo". Una deconstrucción antropológica de la diferencia*. Buenos Aires, Ediciones del Sol.

Burke, Peter (comp.)

[1991] 1993. *Formas de hacer historia*. Madrid, Alianza.

Carbonell, Charles Olivier

1993. Antropología, etnología e historia; la tercera generación en Francia. En Gallego, J.A. (ed.); *New History, Nouvelle Histoire. Hacia una Nueva Historia*: 91-100. Madrid, Universidad Complutense de Madrid.

Clifford, James

[1988] 1991. Sobre la autoridad etnográfica. En Reynoso, Carlos (comp.); *El surgimiento de la antropología posmoderna*. México, Gedisa.

1988. *The Predicament of Culture*. Cambridge, Harvard University Press.

Clifford, James y George Marcus

1986. *Writing culture. The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley, University of California Press.

Comaroff, John y Jean

1992. *Ethnography and the Historical Imagination*. Boulder/San Francisco, Westview Press.

Cooper, Frederick; Florencia E. Mallon; Steve J. Stern; Allen F. Isaacman; William Roseberry

1993. *Confronting Historical Paradigms. Peasants, Labor, and the Capitalist World System in Africa and Latin America*. Madison, The University of Wisconsin Press.

Crapanzano, Vincent

1992. *Hermes' Dilema y Hamlet's Desire. On the Epistemology of Interpretation*. Cambridge, Massachusetts/ London, Harvard University Press.

D'Altroy, Terence

1997. Politics, resources and blood in the Inka Empire. En Allock, S, T. D'Altroy, K. Morison y C. Sinopoli (eds.); *Empires*. Cambridge University Press (en prensa).

Darnton, Robert

[1984] 1994. *La Gran Matanza de Gatos*. México, Fondo de Cultura Económica.

de Certeau, Michel

[1978] 1993. *La Escritura de la Historia*. Lomas de Santa Fe (México), Universidad Latinoamericana.

de la Cadena, Marisol

1990. De utopías y contrahegemonías: El proceso de la cultura popular. *Revista Andina* 8, (1): 65-76. Cusco, Centro Bartolomé de Las Casas.

Eco, Umberto

1989. *El Péndulo de Foucault*. Buenos Aires, Bompiani/Lumen/de la Flor.

[1990] 1992. *Los límites de la interpretación*. Barcelona, Lumen.

Evans-Pritchard, E. E.

[1962] 1990. *Ensayos de Antropología social*. Madrid, Siglo XXI.

Filchestein, Federico (ed.)

1999. *Los alemanes, el holocausto y la culpa colectiva. El debate Goldhagen*. Buenos Aires, EUDEBA.

Gadea, Walter

1995. El pragmatismo de Richard Rorty. Verdad, lenguaje y cientificidad. *Propuestas* I (1): 147-152. Universidad Nacional de La Matanza, San Justo.

Geertz, Clifford

[1973] 1988. *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa.

[1980] 1991. Géneros confusos. En Reynoso, C. (ed.); *El surgimiento de la Antropología posmoderna*. Barcelona, Gedisa.

[1983] 1994. *Conocimiento Local*. Barcelona, Paidós.

[1988] 1997. *El antropólogo como autor*. Barcelona, Paidós.

Giddens, Anthony

[1976] 1997. *Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva de las sociologías comprensivas*. Buenos Aires, Amorrortu.

[1984] 1998. *La constitución de la Sociedad*. Buenos Aires. Amorrortu.

Giddens, Anthony y Jonathan Turner (comps.)

[1987] 1990. *La Teoría Social Hoy*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Alianza Editorial.

Ginzburg, Carlo

[1976] 1991. *El queso y los gusanos*. Barcelona, Muchnik editores.

[1991] 1993. *El juez y el historiador*. Madrid, Anaya Muchnik editores.

Goldhagen, Daniel Jonah

1996. *Hitler's Willing Executioners. Ordinary Germans and the Holocaust*. New York, Alfred A. Knopf.

Guerra, Fracois-Xavier

1993. El renacer de la historia política; razones y propuestas. En Gallego, J. A. (ed.). *New History, Nouvelle Histoire. Hacia una Nueva Historia*: 221-245. Madrid, Universidad Complutense de Madrid.

Hidalgo, Cecilia y Liliana Tamagno

1992. *Etnicidad e Identidad*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Hinton, Alex

1998. Why did the Nazis kill? Anthropology, genocide and the Goldhagen Controversy. *Anthropology Today* 5 (14): 9-15. London, RAI.

Hourcade, E; Godoy, C. y A. Botalla (comps.)

1995. *Luz y contraluz de una Historia Antropológica*. Buenos Aires, Biblos.

Hymes, Dell

[1964] 1974. Hacia una etnografía de la comunicación. Garvin, P. y Yolanda Lastra (eds.); *Antología de estudios de etnolingüística y sociolingüística*. México, UNAM.

Jarvie, I. C.

1964. *The revolution in anthropology*. Chicago, Henry Regnery Company.

1967. On theories of field work and the scientific character of anthropology. *Philosophy of Science* 34 (3): 223-242.

Karasik, Gabriela

1994. *Cultura e identidad en el N.O. argentino*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Keesing, Roger

1987. Anthropology as Interpretative Quest. *Current Anthropology* 29 (2): 161-176.

Le Goff, Jacques

[1977] 1997. *Pensar la Historia. Modernidad, presente, progreso*. Barcelona, Ed. Paidós.

Levi, Giovanni

[1985] 1990. *La herencia inmaterial*. Madrid, Editorial Nerea.

[1968] 1993. Sobre microhistoria. En Burke, P. (ed.); *Formas de hacer historia*. Madrid, Alianza.

[1985] 1995. Los peligros del geertzismo. Hourcade, E; Godoy, C. y A. Botalla (comps.); *Luz y contraluz de una Historia Antropológica*. Buenos Aires, Biblos.

Levi- Strauss, Claude

[1962] 1990. *El pensamiento salvaje*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Lorandi, Ana María

1977. Arqueología y etnohistoria: hacia una visión totalizadora del mundo andino. *Homenaje al Centenario del Museo de La Plata*, 3: 27-50. La Plata.

1978. Les horizons andines: critique d'un modele. *Annales Economie, Societé, Civilization*. 33 (5-6): 921-926. París. Número especial dirigido por J. Revel, J. Murra y N. Wachtel.

1980. La frontera oriental del Tawantinsuyu: el Umasuyu y el Tucumán. *Relaciones* 14 (1): 147-165. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

1983. Mitayos y mitmakuna en el Tawantinsuyu Meridional. *Histórica* 2 (1): 3-50. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.

1984. Sofiocamayoc, los olleros del Inka en los centros manufactureros del Tucumán. *Revista del Museo de La Plata* 8, Antrop. 62: 303-327. La Plata.

1986. Horizons in Andean Archaeology. En Murra, J.; N. Wachtel y J. Revel (eds.); *Antropological History of Andean Polities*: 35-47. London/New York, Cambridge University Press/Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme..

1988. Los diaguitas y el Tawantinsuyu. Una hipótesis de conflicto. Proceedings 45 C.I.A. (Bogotá 1985). *B.A.R.*: 235-259. London.

1997. *De Quimeras, Utopías y Rebeliones. La gesta del Inca Pedro Bohorques*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.

Lorandi, Ana María (comp.)

1997. *Tucumán Colonial y Charcas*. Buenos Aires, FFyL, UBA.

Lorandi, Ana María y Roxana Boixadós

1987-88. Etnohistoria de los valles Calchaquíes en los siglos XVI y XVII. *Runa* 17-18: 227-424. Buenos Aires. I.C.A., F.F y L.UBA.

Lorandi, Ana María; B. Cremonte y V. Williams

1991. Identificación étnica de los mitimaes instalados en el establecimiento incaico Potrero-Chaquíago. *XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena* II: 195-200.. Santiago de Chile (octubre 1988).

Lorandi, Ana María y Mercedes del Río.

1992. *La Etnohistoria. Etnogénesis y Transformaciones sociales andinas*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Llobera, Josep R.

1990. *La Identidad de la antropología*. Barcelona, Ed. Anagrama.

Mallon, Florencia

1995. Promesa y dilema de los estudios subalternos: perspectivas a partir de la Historia Latinoamericana. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*. 3ª serie, 12. Buenos Aires, F.F.yL UBA.

1999. Time on the Wheel: Cycles of Revisionism and the "New Cultural History". *Hispanic American Historical Review* 79 (2): 331-355.

- Marcus, George E. y Dick E. Cushman
[1982] 1991. Las etnografías como textos. En Reynoso, Carlos (comp.); *El surgimiento de la antropología posmoderna*. México, Gedisa.
- Marcus, George y Michael Fisher (eds.)
1986. *Anthropology as a Cultural Critique. An experimental moment in the Human Sciences*. Chicago, Chicago University Press.
- Mayer, Enrique.
1984. Los atributos del hogar: economía doméstica y la encomienda en el Perú colonial. *Revista Andina* 2 (2): 557-590. Cusco, Centro Bartolomé de las Casas.
- Mouffe, Chantal (ed.)
[1996] 1997. *Desconstrucción y Pragmatismo*. México, Paidós.
- Mukerji, Chantra y Michael Schudson
1991. *Rethinking popular culture. Contemporary Perspectives in Cultural Studies*. Berkeley, Los Angeles/Oxford, University of California Press.
- Murra, John
1975. *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
1978. *La organización económica del estado inca*. México, Siglo XXI.
- Noiriel, Gérard
[1996] 1997. *Sobre la crisis de la historia francesa*. Madrid, Cátedra Universitá de Valencia.
- Ottonello, Marta y Ana María Lorandi
1987. *10.000 Años de Historia Argentina. Introducción a la Arqueología y Etnología*. Buenos Aires, EUDEBA.
- Palti, Elías José (comp.)
1998. *Giro lingüístico e Historia Intelectual*. Bernal, (Buenos Aires), Universidad Nacional de Quilmes.
- Platt, Tristan
1982. *Estado Boliviano y Ayllu Andino*. Lima, IEP.
- Rasnake, Roger.
1989. *Autoridad y poder en los Andes. Los kurakuna de Yura*. Bolivia, Ed. Hisbol.

Revel, Jacques

1995. Micro-análisis y construcción de lo social. *Anuario del Instituto de Estudios Históricos y Sociales*. 10: 125-143. Tandil, Universidad Nacional del Centro de Buenos Aires.

Revel, Jacques (ed.)

1998. *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*. Paris, Hautes Études/Gallimard/Le Seuil.

Reynoso, Carlos (comp.)

1989. La virtud imaginaria de los símbolos. Reflexiones sobre 'Islas de historia' de Marshall Sahlins. *Cuadernos de Antropología Social* 1 (2): 85-91. Buenos Aires, ICA, F.F.y L. UBA.

1991. *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona, Gedisa.

1995. El lado oscuro de la Descripción Densa. *Revista de Antropología* 16 (X): 17-43. Buenos Aires.

1998. *Corrientes en Antropología contemporánea*. Buenos Aires, Editorial Biblos.

Rickert, H.

[1943] 1952. *Ciencia cultural y ciencia natural*. México, Espasa Calpe.

Rivera Cusicanqui, Silvia y Rossana Barragán (comps.)

1997. *Debates Post-Coloniales: Una Introducción a los Estudios de la Subalternidad*. Bolivia, SIERPE.

Rorty, Richard

1998. Relativismo: el encontrar y el hacer. En Palti, E. (comp.); *Giro lingüístico e Historia Intelectual*. Bernal (Buenos Aires), Universidad Nacional de Quilmes.

[1989] 1991. *Contingencia, ironía y solidaridad*. Barcelona, Paidós.

[1991] 1996. *Objetividad, relativismo y verdad. Escritos filosóficos I*. Barcelona, Paidós.

Rosaldo, Renato

[1989] 1991. *Cultura y verdad*. México, Grijalbo.

Sahlins, Marshall

[1976] 1988a. *Cultura y Razón Práctica*. Barcelona, Gedisa.

[1985] 1988b. *Islas de Historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*. Barcelona, Gedisa.

Sazbón, José

1975. *Mito e historia en la antropología estructural*. Buenos Aires, Ed. Nueva Visión.

Scavoni, Dardo

1999. *La Filosofía Actual. Pensar sin certezas*. Buenos Aires, Paidós Postales.

Stern, Steve

1992. Paradigmas de la Conquista: Historia, Historiografía y Política. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani* 6: 7-40. Buenos Aires, F.F.yL., UBA.

Tedlock, Dennis

[1987] 1991. Preguntas concernientes a la antropología dialógica. En C. Reynoso (comp.); *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona, Gedisa.

Thompson, Edward P.

[1966] 1977. *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra: 1770-1832*. Barcelona, Laia. (3 vols.).

1994. *Historia Social y antropología*. México, Instituto Mora.

Turner, Victor W.

1985. *On the Edge of the Bush. Anthropolgy as Experience*. Tucson, Arizona, University of Arizona Press.

Turner, Victor W. y Edward Bruner (eds.)

1986. *The Anthropology of Experience*. Urbana, III University of Illinois Press.

Urrutia, Jaime

1985. *Huancay: Region Historica 1563-1770*. Ayacucho, Universidad Nacional de Huancay.

Veyne, Paul

[1974] 1978. La historia conceptualizante. En Le Goff, J. y P. Nora (comps.); *Hacer la Historia. Nuevos Problemas*. I. Barcelona, Editorial Laia.

Von Wright, Georg Henrik

[1971] 1979. *Explicación y comprensión*. Madrid, Alianza Universidad.

Wachtel, Nathan

1990. *Le Retour des Ancêtres. Les Indiens Urus de Bolivie, XXe-XVIe siècle. Essai d'histoire régressive*. Paris, Ed. Gallimard.

White, Hayden

[1973] 1998. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica.

Williams, Raymond

[1977] 1980. *Marxismo y literatura*. Barcelona, Península.

Williams, Verónica y Beatriz Cremonte

1997. ¿Mitmaqkuna o circulación de bienes? Indicadores de producción cerámica como identificadores étnicos. Un caso de estudio en el Noroeste argentino. En Lorandi, A. M. (comp.); *El Tucumán Colonial y Charcas: 75-86*. Buenos Aires, F.F.yL. UBA.

Winch, Peter

[1958] 1972. *Ciencia Social y Filosofía*. Buenos Aires, Amorrortu.

1964. Understanding a Primitive Society. *American Philosophical Quarterly* 1 (4): 307-324.

Wolf, Eric

[1982] 1987. *Europa y la gente sin historia*. México, Fondo de Cultura Económica.

Wright, Pablo

1993-94. Experiencia, intersubjetividad y existencia. hacia una teoría-práctica de la Etnografía. *Runa* 21: 347-380. Buenos Aires, ICA/Museo Etnográfico. F.F.yL., UBA.

1995. El espacio utópico de la antropología. Una visión desde la Cruz del Sur. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 16: 191-204. Buenos Aires.